TAMARA

Gill

ATORMENTANDO A UN Duque

LORDS DE LONDRES, *Libro 1*

ATORMENTANDO A UN *Duque*

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Epílogo

Querida lectora
Otras Obras de Tamara Gill
Acerca de la autora

CRÉDITOS

Atormentando a un Duque
Lords de Londres, Libro 1
Copyright © 2020 de Tamara Gill
Editora Author Designs
Editor Free Bird Editing
Arte de portada del de Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la escritora o se han utilizado de manera ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o introducirse en una base de datos y sistema de recuperación, ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación u otros) sin el consentimiento previo por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Desde que su infiel esposo creara un escándalo muriendo en el lecho de su amante, Darcy de Merle está determinada a disfrutar de su viudez, y se niega a llorar a un hombre al que llegó a odiar. Encendiendo a la Alta Sociedad con su regreso, Darcy celebra un baile para volver a lanzarse a la Sociedad en el aniversario de la muerte de su marido.

Cameron, el Duque de Athelby es un hombre que se atiene a las reglas. Siempre. Ha vivido a través de las consecuencias de lo que la rebeldía, el descuido y la falta de respeto por la posición social de uno mismo puede hacerle a una familia. Es por ello que cuando ve a Darcy de Merle bordeando los límites de la respetabilidad, sólo entiende correcto recordarle las etiquetas propias a las que debería adherirse.

Darcy se niega a permitir que otro hombre le diga lo que debe hacer. Cuando el Duque de Athelby le reprende durante cada uno de sus encuentros, recordándole de sus fallas en las formas de alta sociedad, bueno… sólo hay una cosa que puede hacer al respecto: seducir al Duque y mostrarle que hay más en la vida que solo la propiedad de las convenciones dispuestas por su esfera.

Una batalla de voluntades se lleva a cabo, donde todas las apuestas están hechas, numerosas reglas son rotas y el amor se convierte en la recompensa final.

CAPÍTULO UNO

Londres, 1805

Lady Darcy de Merle estaba ebria. Una forma escandalosa y terrible de estar en su propio baile, pero el ratafia estaba delicioso esa noche, y seguramente se le podía perdonar por beber más de lo debido cuando celebraba el primer aniversario de la muerte de su marido y su regreso a la sociedad londinense.

Darcy bajó la mirada hacia su vestido de seda dorada con pequeñas mangas abullonadas. El corte imperio acentuaba su cintura estrecha y su amplio busto lo suficiente como para atraer muchas miradas de admiración del sexo opuesto. Sus oscuros cabellos estaban recogidos en un intrincado moño en lo alto de su cabeza, y pequeños rizos sueltos caían alrededor de su rostro, suavizando el aspecto. La combinación del vestido dorado y el cabello oscuro la favorecía, y por primera vez en años, se sentía atractiva.

Su difunto marido, el conde de Terrance, nunca la había hecho sentir así. No lo echaba de menos, y le había costado toda su buena educación esperar los doce meses de luto requeridos. Especialmente cuando nunca lloraría a un hombre así. A su muerte, no le había dejado nada, lo cual ella esperaba. No es que le afectara mucho. Su abuelo, que la había querido más que a todas sus nietas, le había dejado la casa de la ciudad en Londres junto con una suma muy considerable por si alguna vez la necesitaba. Darcy había recibido el nombre de su abuelo y había elegido ser conocida de nuevo por su nombre desde el día en que había depositado a su marido en la fría tierra. Su padre, el conde de Merle, la había apoyado en su elección. Habiendo sido testigo de las indiscreciones de su marido, su vil temperamento y su lengua cortante, estaba feliz de que ella volviera al nombre con el que había nacido, no al que se le había dado al casarse.

No era soportable que una de Merle fuera tratada tan miserablemente, y como tal, Darcy había aferrado su libertad tras su muerte y no miraría atrás. La vida era para vivirla, y nunca más existiría bajo las atroces circunstancias que había soportado con Terrance.

La vizcondesa Oliver, la más querida amiga de Darcy, se acercó a ella. —Te ves absolutamente decadente en ese vestido dorado, Darcy, y lo sabes. Tu marido sufriría un ataque si supiera que estás celebrando uno de los bailes más grandes de Londres en honor al aniversario

de su muerte y tu debut de vuelta a la sociedad.

Darcy sonrió en señal de bienvenida. Fran era una mujer alta y esbelta con el cabello caoba más hermoso, un rasgo de sus raíces escocesas. Le divertía que su marido, un hombre con quien nunca debería haberse casado en primer lugar, se sentiría insultado por sus acciones. Oh, cómo le encantaría ver sus gordas mejillas sonrosadas florecer de molestia y enojo por su desafío. —Qué maravilloso suena eso. Pero sabes que, como mujer reconocida por el escándalo, no podía dejar pasar tal oportunidad. Una debe mantener el estándar bajo el cual pretende vivir. Si no lo hiciera, eso sería un escándalo en sí mismo.

Fran enlazó sus brazos y caminaron por el borde exterior de la pista de baile. —Hueles a vino. ¿Cuánto has bebido esta noche?

—Lo suficiente para saber que no debería tomar más, y prometo que no lo haré —. Aunque a Darcy le encantaba escandalizar a la alta sociedad, solo llegaría hasta cierto punto y nunca cruzaría la línea invisible de la que ni siquiera el nombre de su familia podría redimirla. Dos años después de su matrimonio, había decidido que ya no viviría como un felpudo para su marido, y había comenzado a asistir a fiestas de nuevo, bailando y coqueteando por todo Londres. Su marido no lo aprobaba, gritaba y rompía muebles y objetos de valor, pero Darcy ya había tenido suficiente. Si no podía divorciarse del hombre, al menos viviría su propia vida, tal como él lo hacía.

—Lo último que quieres es verte comprometida por un libertino hambriento de dinero, buscando atraparte en tu momento más vulnerable —dijo Fran—. A menos, por supuesto, que desees casarte de nuevo.

Darcy jadeó. —Ni en un millón de años, Lady Oliver. Lo último que quiero es otro marido. Aunque ahora que estoy libre de Terrance, puede que busque un amante.

Fue el turno de su amiga de jadear antes de sonreír, justo como lo hacía cuando eran jóvenes en la Escuela de Señoritas de la Sra. Dew en Bath, antes de escabullirse para divertirse sin que las maestras se enteraran.

—Hay muchos caballeros aquí esta noche que estarían más que felices de complacerte, estoy segura.

Darcy miró a su alrededor. Había algunos caballeros mirando en su dirección, algunos asintiendo ligeramente, otros dando la mejor mirada ardiente que sabían interpretar. Y tal vez uno de estos hombres serviría. Ciertamente, el Sr. Ambrose podría resultar útil. Que fuera un rico americano y no se quedaría mucho tiempo podría ser un punto a su favor. Un amante esta temporada era primordial para su felicidad y cordura, si fuera honesta.

Aunque su amiga Fran no lo sabía, Darcy había asistido a un baile de máscaras una noche que le abrió los ojos a los placeres que las mujeres podían tener. No había participado, simplemente se había escabullido bebiendo champán, pero muchos otros estaban más que felices de explorar y conocerse mejor con el sexo opuesto en cuestión de horas.

Cuando Darcy estaba recogiendo su capa, lista para irse, escuchó a una mujer que parecía

estar detrás de la puerta del guardarropa, haciendo sonidos como nunca antes había oído. Eran de éxtasis, de súplica y jadeo, y quería saber qué era lo que la mujer adoraba tanto. ¿Cómo podía un hombre hacer que una mujer reaccionara de esa manera? Su difunto marido nunca había satisfecho sus necesidades, y cuando falleció, no habían compartido cama durante un año o más.

—¿Qué opinas del Sr. Ambrose? —preguntó Darcy, tomando dos copas de champán de un lacayo que pasaba, ignorando el hecho de que no se suponía que debía beber más.

—Delicioso —dijo Fran, riendo—. Aunque por favor no le digas a Lord Oliver que dije tal cosa. Ya sabes cómo puede ser.

Demasiado bien. El vizconde Oliver, el marido de Fran desde hacía dos años, estaba dedicado a ella, y a veces podía ser un marido bastante celoso. No es que Fran quisiera dejarlo nunca. Eran, en la estimación de Darcy, una pareja bastante adorable. Perfectamente hechos el uno para el otro.

—Nunca me burlaría de su señoría, así que incluso si quisiera, nunca iría en contra de tu palabra. Pero creo que tienes razón. Creo que el Sr. Ambrose haría muy bien complaciendo a una mujer.

Fran soltó una risa escandalosamente poco femenina, que hizo que los que estaban a su alrededor se volvieran ante el estallido. Darcy sonrió como si no hubiera provocado que su amiga estallara en carcajadas. —¿No estás de acuerdo?

—¿Complaciendo a una mujer? Darcy, eres demasiado salvaje. ¿Dónde has oído tal expresión?

—Ayer por la noche jugué al whist con los mozos de cuadra y, después de unas cervezas, los hombres se soltaron bastante con su lenguaje. Aprendí algunas expresiones, si deseas que te ilumine.

—Iluminar puede que no sea la palabra adecuada en este caso —dijo Fran, dando un sorbo a su champán—. Pero, en realidad, querida, ¿crees que tomarás un amante?

Darcy se encogió de hombros. Oh sí, quería un amante. Encontrar placer en los brazos de un hombre sin tener que atarse a él indefinidamente. —Tal vez, si encuentro a un caballero con el que quiera acostarme. —Dios sabía que su difunto esposo Terrance había sido terrible en la cama, y a menudo había agradecido que tuviera sus rameras, aunque solo fuera para mantenerlo alejado de ella. No sabía nada sobre cómo dar placer a una mujer. Era como acostarse con un bloque de madera que gruñía mucho y terminaba en un minuto.

Fran suspiró mientras observaba a su marido charlando con otros invitados al otro lado de la sala. —Es tan importante que sepan cómo complacer. No podría soportar mi matrimonio si no encontrara atractivo a mi marido en ese sentido. Ciertamente soy afortunada de que papá me permitiera elegir a alguien a quien amara para casarme, no a algún caballero que aportara fortuna y prestigio a nuestro nombre.

—Suerte que Lord Oliver trajo esas cosas de todos modos, junto con su corazón para ti.

—Así fue —dijo Fran, volviendo su mirada a Darcy—. La gente esperará que una de Merle

se case bien, y muchos pensaron que no te casaste a la altura de tu posición con el conde, ya que sus bolsillos estaban vacíos. ¿Qué harás?

—Haré lo que me plazca, aunque en retrospectiva probablemente debería haber escuchado a papá cuando dijo que el hombre era un petimetre. Cuán acertada fue su estimación. —Darcy suspiró, recordando aquella época—. Me da pena papá, pues no sabía que Terrance estaba tan endeudado. Como sabes, el hombre mantuvo bien ocultos sus problemas económicos hasta después de nuestro matrimonio.

Sin mencionar su propia ceguera hacia Terrance. Dejarse llevar tan fácilmente por declaraciones de amor eterno, de una vida que sería cómoda y feliz, creer todo lo que salía de su boca como verdad, era un error que no volvería a cometer con otro hombre. Esta vez elegiría a un hombre que compartiera sus valores, que no deseara el matrimonio y que entendiera las necesidades de las mujeres a puerta cerrada. Y uno que no esperara que ella financiara su estilo de vida.

—Sí, en efecto. —Fran sonrió—. ¿Qué hay del Duque de Athelby? Se rumorea que está buscando esposa en serio, y es terriblemente apuesto. Oscuro y taciturno, alto, y con ese ligero aire de indiferencia hacia todo lo que tiene delante. Creo que podría complacerte muy bien.

Darcy se atragantó con su champán ante el uso que hizo su amiga de sus palabras. Dirigió su atención al duque. Una lástima que hubiera abandonado cualquier pensamiento relacionado con el hombre, pero entonces era su propia culpa. Darcy de Merle ya no se esforzaba por complacer a ningún hombre, especialmente a uno que pensaba que todas las mujeres debían ser vistas y no oídas, relegadas al cuarto de los niños para producir bebés. Era severo, y sus palabras eran lo suficientemente afiladas como para cortar incluso a la persona de piel más gruesa entre su círculo si no le gustaba su apariencia o modales. El duque era un terror imponente que hacía temblar a la mayoría de las debutantes en sus zapatillas de seda, y a los caballeros caminar con cuidado.

Darcy no, sin embargo.

Ella simplemente lo había descartado como un hombre que pensaba demasiado de sí mismo, como siempre lo había hecho. No era una característica que fuera en absoluto redentora. Que la madrina de Darcy —su abuela y único pariente superviviente— pensara que poseía cualidades que le convendrían a ella y a otras mujeres era una noción absurda. Podría ser un caballero, incluso un duque, pero sus modales —su falta de saber cuándo hablar y cuándo mantener la lengua— lo hacían discutible. Las mujeres no querían ser reprendidas por lo que vestían, o cómo comían, o quiénes eran sus amigos. El duque estaba más que dispuesto a señalar cualquier pequeño defecto si así lo consideraba. Darcy negó con la cabeza. Su abuela parecía pensar que Athelby tenía corazón. Cuán equivocada estaba.

Era realmente lamentable que la mujer estuviera tan completamente ciega.

—El duque es un no, te lo puedo asegurar. Es un hombre joven y apuesto hasta que abre la boca, y entonces aparece un hombre gruñón de mediana edad. No me sorprende que no esté casado, pues ¿quién aguantaría a una criatura tan desagradable? —Aunque no era desagradable a

la vista, sus palabras no eran tan ciertas como ella hubiera querido que sonaran. A veces, cuando se reía, lo que no era frecuente, vislumbraba al chico que una vez fue en el hombre en que se había convertido, y anhelaba recuperarlo.

—Criatura puede ser un término demasiado duro, Darcy. Tal vez su abuela tenga razón y simplemente sea incomprendido.

Darcy negó con la cabeza, sonriendo a Fran. —Siempre has querido ver lo mejor de la gente, pero a veces simplemente no está ahí. Y yo, por mi parte, no escapé de un matrimonio, de un marido que me trataba como si fuera un pedazo de suciedad bajo sus botas de hessian, para casarme simplemente con otro que haría lo mismo. ¡Dios no lo quiera que mi vestido sea un poco demasiado escotado, o que si me siento frente al fuego se me vean los tobillos! ¡El duque tendría un ataque apoplético! No podría soportarlo, y sabes que papá nunca sobreviviría viéndome casada con otro estirado pedante.

Fran se rió justo cuando su marido se acercaba a ellas, la sonrisa en su rostro anunciaba que venía a reclamar a su esposa para el vals que estaba a punto de comenzar.

Hizo una reverencia a Darcy y luego a Fran, tomando la mano de su esposa antes de besarla suavemente. —Creo que el próximo baile es mío para reclamar, querida.

Fran se sonrojó. —Creo que tienes razón, milord. —Fran sonrió por encima del hombro mientras se alejaba—. Volveré pronto, querida.

Se alejaron y se unieron a las otras parejas que se estaban congregando en la pista de baile. Darcy los observó, y a los demás, mientras comenzaban a deslizarse a través de los gráciles movimientos del vals. Era un baile que ella misma amaba, pero en su situación actual, probablemente era mejor que no le hubieran pedido participar en él. Nadie quería ver a una mujer caerse debido a sus decididamente inestables pies ebrios.

—Veo que has consumido demasiado vino esta noche —dijo el Duque de Athelby, sobresaltándola.

Ella le sonrió, sabiendo lo bien que eso lo molestaría. —Lo he hecho, y qué liberador es. Y probablemente deberías considerarte afortunado de que esté un poco achispada.

—¿Y por qué es eso, Lady de Merle... si es así como te haces llamar estos días?

—Pues sí, lo es. Y sabes, Duque, que estás al lado de una mujer viuda, alguien que ha sido usada y no es tan perfecta como sabemos que te gusta. Quizás no sería prudente para un hombre con modales tan ejemplares y una reputación impecable estar haciendo algo tan escandaloso.

—Estoy seguro de que sobreviviré, aunque tu vulgar baile, que se celebra exactamente doce meses después del funeral de tu marido, está lejos de ser apropiado. Me temo que tal movimiento limitará el tiempo que mi abuela pueda pasar contigo en un futuro próximo. No puedo permitir que su reputación se manche de esa manera.

Darcy entrecerró los ojos.

—¿Mancharse? ¿Estás tratando de hacerme reír? ¿Qué absurdo que una mujer de la edad de tu abuela se preocupe siquiera por su reputación? ¿Estás seguro de que la verdadera razón por la

que no quieres que esté cerca de mí no se debe a tus puntos de vista limitados sobre la vida?

El músculo de su mandíbula se tensó, siempre una señal de que luchaba por mantener la compostura. Controlar su temperamento no era algo por lo que el Duque de Athelby fuera famoso. Darcy estudió su perfil, su mandíbula fuerte y su nariz recta. El hombre era devastadoramente guapo, sus rasgos severos y poderosos. Hubo un tiempo, cuando ambos eran aún niños, en que ella estaba decidida a casarse con él. En aquel entonces él había sido despreocupado, tan salvaje y bullicioso como ella misma, y durante la fiesta de un mes a la que sus padres habían asistido, y a la que los habían llevado, habían sido inseparables. Pasaron años antes de que se volvieran a encontrar, y para entonces Cameron había heredado su título y el chico divertido, incorregible y risueño que ella había conocido ya no existía.

—Es mi deseo que la conexión se rompa un poco. Es lo mejor. Debes verlo —dijo con un arrogante movimiento de cabeza.

Darcy vio a su abuela paseando hacia ellos y sonrió en señal de bienvenida.

—Ah, veo que Lady Ainsworth está aquí. Quizás podamos preguntarle sobre tus nuevas reglas.

Athelby balbuceó, pero no tuvo tiempo de desviar a su abuela antes de que Darcy tomara el brazo de la mujer mayor y la llevara a un sofá cerca de una chimenea apagada. El duque las siguió, y Darcy hizo todo lo posible por ignorar su ceño fruncido. La vizcondesa besó a Darcy en la mejilla y mantuvo sus manos firmemente agarradas entre las suyas.

—¿Cómo está mi querida, querida ahijada? Espero que estés disfrutando de la velada.

—Lo estoy, milady, mucho, pero acabo de recibir la noticia más angustiante —Darcy miró hacia Athelby, su mirada de acero fija en ella. Tener su atención de esa manera le provocaba cosas extrañas en el estómago. Volvió su atención a Lady Ainsworth para escapar de ello—. Tu nieto me acaba de informar esta noche que nuestra asociación debe llegar a su fin.

—Esas no fueron mis palabras exactas...

Su señoría levantó la mano, deteniendo la explicación de su nieto.

—¿Qué dijo él, querida? Tienes toda mi atención —dijo, lanzando una mirada irritada a Athelby.

—Debido a la muerte de mi esposo, y a la celebración de este baile doce meses después del día en que enterramos a Terrance, el duque cree que solo traería vergüenza y ruina a vuestra familia si se nos viera juntos. Este baile es un acto ostentoso y uno que me presenta como una mujer que no amaba a su marido —No es que lo hubiera amado en absoluto, pero su señoría no necesitaba saberlo—. Y así, debemos separarnos a partir de esta noche. Me temo que nunca más se nos verá juntos.

—Tu sarcasmo no pasa desapercibido, Lady de Merle —dijo el duque, mirando con tal intensidad que sus cejas casi se juntaron, sin importarle quién de la alta sociedad lo viera.

Darcy quería que él fuera consciente de su molestia, y aunque sonrió dulcemente a Lady Ainsworth, lo que el duque había dicho antes era intolerable. Cómo se atrevía a hacerla sentir

como si ella fuera la que había hecho algo malo. Que su conducta fuera de alguna manera peor que la de su marido, que se acostaba con prostitutas y apostaba, la mayor parte con el dinero de ella. Otra pequeña espina en su alma era que había tenido que abandonar la casa de Londres de Terrance, una casa que ella había salvado legítimamente de ser recuperada por el banco tras su muerte. ¿Cómo podía no celebrar haberse librado de un completo idiota? No iba a fingir tener el corazón roto, o ser una triste viudita.

—Bueno, eso es absurdo, y puedo asegurarte, querida —dijo Lady Ainsworth, con las papadas temblando un poco de ira—, que pasaré tanto tiempo contigo como siempre lo he hecho. Tu mamá fue una de mis amigas más cercanas, sin importar los veinte años de diferencia entre nosotras. Le prometí que te cuidaría hasta el día de mi muerte, y no me desviaré de ese honor, sin importar lo que mi nieto tenga que decir al respecto.

—Gracias, Su Señoría.

—Abuela, sé sensata. Si he de encontrar una esposa con estándares similares a los míos, seguramente puedes ver que el que nuestra familia esté asociada con una reconocida diablesa, una mujer que hace alarde de su libertad del estado matrimonial con poco cuidado por su reputación, no nos mostraría bajo una luz favorable —dijo él, más que frustrado.

Lady Ainsworth suspiró, mirando a su nieto por encima de la nariz. No la más fácil de las hazañas considerando que su gracia estaba de pie, y tanto Darcy como su señoría estaban sentadas.

—No quiero volver a oír semejante estupidez. En serio, Cameron, bájate de ese pedestal en el que pareces estar tan cómodo estos días y vuelve a nuestro nivel.

Los labios de Darcy se crisparon, y luchó por no reírse del enrojecimiento de las mejillas de su gracia. Realmente, estaba siendo tonto al mirarla con tanto desdén.

—¿Y si prometo que siempre que esté cerca de su señoría, y de ti, por cierto, me comportaré de la mejor manera? —dijo, apiadándose del hombre. Si eso significaba que podía seguir socializando con Lady Ainsworth, tendría cuidado. Cuando decidió disfrutar de su temporada y todas las oportunidades que esta y otras pudieran traer, nunca pretendió herir inadvertidamente a otros. Si su asociación con ella perjudicaría sus posibilidades de hacer un buen matrimonio, entonces se comportaría mientras estuviera cerca de él.

—Estás con nosotros esta noche, y sin embargo estás ebria. No es que mi abuela se haya dado cuenta de tal cosa.

—Oh, por el amor de Dios, es un baile, y uno que estoy organizando yo. Puedo beber si lo deseo, y no dejaré que ni siquiera un duque me diga qué hacer.

—Ya es suficiente, los dos —dijo su señoría, lanzándoles una mirada oscura a ambos—. Cualquiera que escuchara pensaría que ya son una pareja casada discutiendo, como tantos a nuestro alrededor. Su Gracia, no tienes derecho a ser tan crítico con alguien que ha sido amiga de la familia durante muchos años. Necesitas recordar que si no puedes decir nada agradable, no digas nada en absoluto.

—Creo, abuela, que es lo primero sensato que has dicho esta noche. También es mi señal para marcharme —hizo una reverencia—. Buenas noches, señoras —dijo, dirigiéndose hacia las puertas del salón de baile.

Darcy gruñó, lanzando dagas con la mirada a su espalda mientras se abría paso entre la alta sociedad. Argh, el hombre era exasperante y tan altivo. Ella tenía un linaje igual de bueno: era una de Merle. ¿Cómo se atrevía a mirarla por encima del hombro?

—Darcy, querida. Sé que tu mente está sin duda imaginando múltiples formas de vengarte de mi nieto, pero por favor, déjalo estar. Espero que cuando consiga una esposa, su barrera emocional y sus opiniones tan cortantes se suavicen un poco.

—Dudo que lo hagan, pero prometo que no le causaré problemas —dijo Darcy—. Diferimos en opiniones, y sin duda volverá a ocurrir. No dejaré de invitarlo a eventos ni de hablar con él si nuestros caminos se cruzan.

—Gracias, querida.

Su señoría hizo una pausa, una pequeña arruga entre sus cejas era la única indicación de que estaba preocupada por el duque. Por lo demás, Lady Ainsworth era una mujer muy atractiva para su edad. Por supuesto que tenía líneas de expresión, y su cabello era gris, pero aparte de eso, el tiempo había sido muy benévolo con ella.

—Creo que mi nieto está solo. Y creo que por eso está tan enfadado con el mundo. Pasó sus años de formación sin nadie con quien discutir, jugar y compartir secretos. Los hermanos tenían una diferencia de edad de más de diez años, apenas se conocían. Se ha acostumbrado tanto a su propia compañía que creo que le resulta difícil socializar. Como se ha demostrado esta noche.

Una punzada de tristeza sacudió a Darcy al recordar el accidente de carruaje que se había llevado la vida del hermano mayor del duque. Pero recordando sus palabras poco caballerosas, intentó apartar cualquier inclinación a sentir lástima por el duque. Sin mucho éxito, sin embargo. —Estoy segura de que tienes razón, Lady Ainsworth. Una unión feliz es justo lo que su gracia necesita, y quizás esta sea la temporada en la que encuentre una mujer que caliente su cama.

—A veces pienso que eres la persona perfecta para Cameron. Ambos tienen ciertamente una lengua afilada —dijo su señoría, con un brillo calculador en sus ojos azules.

Darcy se rio, haciendo señas a un lacayo para que les trajera champán. —No nos convendríamos, y no estoy buscando casarme con nadie. El matrimonio con Lord Terrance fue suficiente para toda una vida.

Su señoría suspiró, dando un pequeño sorbo a su champán. —Bueno, es una lástima, porque me encantaría tenerte como nieta además de como ahijada. Pero —dijo, con una inclinación triste en sus labios—, uno no puede tener todo lo que desea. A menudo me preocupa que nunca veré a las dos personas que más me importan felices y establecidas en el mundo.

Darcy tomó la mano de su señoría y la apretó. No era inmune a sus palabras, que a menudo provocaban culpa en ella. Y saber que era completamente a propósito por parte de su señoría la hizo sonreír. —Pórtate bien, madrina. Sé qué juego estás jugando, y una vez más, su gracia y yo

no nos convenimos. Mi única conexión con el caballero es a través de ti, y ahí es donde se quedará. Como se ha dicho anteriormente esta noche, y muchas veces en eventos anteriores, si recuerdas.

—Una debe intentar hacerte entender, querida. Nunca está de más plantar una sugerencia en la mente de alguien, para que germine y posiblemente les haga preguntarse si tiene mérito.

—Eres incorregible —dijo Darcy, riendo.

—Lo sé —respondió su señoría, sin ningún remordimiento en su tono.

Darcy volvió a mirar al duque e intentó imaginarlo en su cama. Ciertamente era uno de los hombres más impresionantes y poderosos de Londres. En los momentos de pasión, salvaje y perverso, tal vez se vería aún más así. Él se giró y miró a la señorita Watson, con quien estaba conversando en ese momento, frunciendo el ceño y pareciendo como si estuviera reprendiendo a la pobre mujer. Darcy sacudió la cabeza. No, nunca funcionaría.

Su gracia levantó la mirada y sus ojos se encontraron. El fondo de su estómago se contrajo y sus mejillas se sonrojaron ante la inspección que él le dedicó. Qué lástima que le desagradara tanto. ¿O era como decía su abuela, simplemente incomprendido?

CAPÍTULO
DOS

Cameron, duque de Athelby, paseaba por Bond Street, su bastón marcando el ritmo sobre el empedrado a su paso. La gente se apartaba de su camino, algo habitual para él y bastante útil. Algunas debutantes que había visto la noche anterior en Almacks soltaron risitas mientras sus madres le deseaban buenos días. Sin detenerse y haciendo apenas una leve reverencia, Athelby continuó. Weston's, su sastre, no estaba mucho más lejos, y no tenía tiempo para detenerse. Las nuevas corbatas que había encargado la semana pasada no cumplían con sus estándares y se aflojaban a mitad de los eventos, algo inaceptable. Tendría que hablar con el propio Weston para remediar la situación. Su ropa, al igual que su reputación, debía ser siempre del más alto nivel.

Nadie describiría jamás al duque de Athelby como un hombre sin respeto por sí mismo o por su nombre. Nunca permitiría que el escándalo volviera a empañar su título. Si su difunto hermano le había enseñado algo, era que el apellido familiar y lo que el título ducal significaba para la gente nunca debían darse por sentado. Jamás utilizados o abusados para una vida de locuras imprudentes.

Su paso vaciló y casi dejó caer su bastón cuando Lady Darcy de Merle, como se hacía llamar estos días, salió de un emporio de telas riendo por algo que le había dicho su doncella. Frunció el ceño. ¿Quién reía con sus sirvientes? Realmente, esa mujer no tenía vergüenza.

La observó mientras continuaba su conversación. Darcy era impactante, con cabellos de ébano y las pestañas más oscuras y largas que jamás había visto en una mujer. Sus labios eran carnosos, pero no en exceso. En su presentación en sociedad, se había casado antes de que terminara la temporada, y su único arrepentimiento era no haber bailado nunca con ella. Habían sido amigos una vez, hace mucho tiempo, pero muchas cosas habían sucedido desde entonces.

Ella lo vio y sus facciones se cerraron. Él ignoró la punzada de arrepentimiento que lo atravesó. Era una verdadera lástima ver cómo la sonrisa que había iluminado su hermoso rostro desaparecía. Ella hizo una reverencia —la más superficial que jamás había visto— mientras él se inclinaba.

—Su Gracia —dijo ella. O más bien escupió, como si la palabra fuera tóxica en su lengua.

—Lady de Merle. Veo que se ha recuperado bastante de sus esfuerzos de anoche.

Ella lo miró por un momento, y él tuvo el extraño impulso de cambiar el peso de un pie a

otro. Una noción absurda, ya que no había hecho nada malo. Simplemente había señalado que era ella quien había estado ebria la noche anterior y se había puesto en ridículo. Y después de tal embriaguez, era bastante común que la persona afectada se sintiera mal al día siguiente. O eso había oído. Él nunca participaba en tales pasatiempos. Además de ser moralmente correcto, tampoco bebía. Solo la idea de tener que devolver sus cuentas era suficiente para detener cualquier pensamiento de ese tipo, si es que los tenía. Que no los tenía.

—Lo estoy, y qué maravillosos esfuerzos fueron, Su Gracia. Pero estoy segura de que, con su estoica forma de vida, no sabría de lo que estoy hablando.

Apretó la mandíbula mientras el tono de ella se teñía de molestia, tratando de contener su irritación porque se había puesto en ridículo total la noche anterior. Las mujeres no deberían emborracharse, no era apropiado, y ciertamente no para la hija de un conde. Ella nunca encajaría en su molde de duquesa. Ninguna esposa suya se entregaría a los excesos, chismorrearía o actuaría sin decoro. No importaba cuán hermosa pudiera ser, incluso ahora mirándolo con ojos que podrían hechizar al hombre más fuerte, Darcy de Merle no serviría. Nunca.

—No, no lo sé —Echó un vistazo hacia la tienda de la que Darcy había salido y rápidamente apartó la mirada cuando vio a una mujer dentro girando frente a los espejos y sus admiradores. Realmente deberían poner cortinas para evitar que el público que pasaba viera tal cosa.

—Qué lástima, Su Gracia —dijo Darcy, haciendo señas a un coche de alquiler como una plebeya—. Porque si intentara un poco de diversión, podría tener algo. Que tenga un buen día.

Athelby se quedó boquiabierto, pero cerró la boca de golpe cuando se dio cuenta de que Darcy y su doncella se reían de él.

Siguió caminando, sin molestarse en esperar a que su coche de alquiler se alejara. Pensar que su abuela quisiera que esa muselina fuera su esposa era una noción absurda. Y ella había tenido muchas nociones absurdas a lo largo de los años al tratar de emparejarlo con alguna señorita presumida recién llegada a la ciudad.

Hasta ahora, nadie había cumplido con sus exigentes estándares, y en toda honestidad, se estaba convirtiendo en un problema. Ya no era el joven que había sido: en unos pocos meses cumpliría veintinueve años. Ya era hora de que sentara cabeza y engendrara algunos herederos.

No quería rebajar sus expectativas, y sin embargo... conseguir una esposa estaba resultando difícil. Su hermano, que Dios lo tenga en su gloria, nunca tuvo problemas con las mujeres, y fue una carrera de carruajes por una mujer, su prometida nada menos, lo que le costó la vida. Aunque Athelby era solo un joven cuando su hermano falleció, el dolor de su muerte había destrozado a su madre y a su padre, algo que él nunca les habría infligido.

Había mujeres que habían dirigido sus miradas hacia él, pero él simplemente había dirigido la suya en la dirección opuesta. Ninguna de ellas había sido adecuada. Las que había cortejado siempre demostraban, eventualmente, que no servirían. Sus risas eran irritantes, o eran demasiado asustadizas alrededor de un duque, o no lo suficientemente asustadizas. Chismorreaban demasiado o lo rondaban con un aire de desesperación que él nunca podría

soportar.

Quería una mujer similar a él. Una que jugara según las reglas, hablara solo cuando fuera necesario y no participara en los juegos de la alta sociedad. Seguramente encontrar una mujer así no era imposible.

La imagen de Darcy riéndose de él, su naturaleza traviesa que una vez había sido el único foco de su vida —al menos durante la fiesta de un mes a la que habían asistido de niños— lo atormentaba. La había considerado perfecta y divertida, algo que no creía que una chica pudiera ser. No había perdido ese amor por la vida, pero en lugar de admirarla por tal visión, todo lo que hacía era irritarlo.

Olvidándose por completo de sus corbatas, se dirigió a White's y pronto se instaló en la sala de estar del primer piso. Aceptó un ejemplar del Times de un lacayo y comenzó a leer los últimos dramas políticos para evitar que su mente divagara hacia la irritante Darcy que lo exasperaba sin fin.

El sillón de cuero frente a él crujió cuando alguien se sentó, y Athelby quiso gruñir ante la interrupción. No estaba de humor para tener otra conversación que probablemente sería tan molesta como la última que había tenido en Bond Street.

—Su Gracia —dijo una voz profunda y familiar desde detrás de su periódico.

Hunter, o el marqués de Aaron como lo conocía la alta sociedad, era probablemente el único caballero en la alta sociedad al que Athelby llamaba amigo—. Aaron, no pensé que el jueves fuera tu día para White's.

—No lo es, pero hay mil libras en juego debido a una apuesta que no pude dejar pasar.

A Aaron le encantaba apostar, y no importaba cuántas veces Athelby le sermoneara sobre los peligros y la estupidez del juego, él optaba por no escuchar y continuaba dilapidando la fortuna de su familia. No es que el hombre no tuviera más que suficiente para durarle diez vidas. Sin embargo, tal derroche no era realmente apropiado.

—¿No vas a preguntarme de qué se trata la apuesta?

Athelby bajó su periódico y le prestó toda su atención a su amigo. —Aunque no me importe, estoy seguro de que me lo dirás de todos modos.

—Pensé que la apuesta te interesaría ya que involucra a tu familia.

—¡Mi familia! —Athelby se incorporó, cerró su periódico y lo colocó sobre la mesa frente a él—. ¿Qué demonios podría tener que ver una apuesta aquí en White's con nosotros? —Su mente divagaba sobre qué podría tratarse.

Aaron se rio, recostándose en su silla como si fuera una diversión verlo tan desconcertado.

—Bueno, no realmente tu familia, pero ciertamente una amiga cercana tuya y ahijada de tu abuela —sonrió.

Darcy. «¿Sobre qué están apostando acerca de su señoría esta vez?» No es que quisiera saberlo, pero aun así, con el conocimiento de lo que estaba sucediendo aquí, tenía motivos para hablar con Lady de Merle e intentar corregir sus modales para que ninguno de estos caballeros

ganara tal suma. Era intolerable.

—Están apostando a que ese dulce pedazo de muselina se casará antes de que termine la temporada. O tendrá un amante. Debería decir que hay dos apuestas, quinientas libras cada una: una por el matrimonio, otra por el amante.

La idea de que Darcy tomara un amante le daba náuseas. Parpadeó para aclarar su visión de ella disfrutando de un hombre usando el conocimiento carnal que había adquirido en el matrimonio. Nunca lo admitiría ante nadie, pero el día que ella anunció su compromiso con el Conde de Terrance, algo había muerto dentro de Athelby, se había marchitado y podrido. No es que ella hubiera estado destinada para él. Nunca había sido así entre ellos. Amigos sí, amantes nunca. Era simplemente irritación porque ella había logrado algo que él no.

Eso era todo. Nada más.

El pequeño diablo que ahora se sentaba en su hombro se burló y le susurró mentiroso al oído, y él se quitó una pelusa de su abrigo.

—¿Y vas a añadir tu nombre a esta apuesta? —Athelby encontró la mirada divertida de su amigo con una mirada entrecerrada.

—Lo haré y tú también deberías. La conoces mejor que la mayoría. Apuesto a que si le preguntas, incluso podría decirte su elección. Porque se rumorea que está buscando un amante, y sería un tonto quien rechazara a esa pequeña zorra.

Athelby apretó los puños y se recordó a sí mismo que Lord Aaron era su amigo. —Si ella te pide que seas su amante, espero que la rechaces.

La ira brilló en sus ojos antes de cruzar sus largas piernas frente a la mesa entre ellos. —¡Absolutamente no! No soy un simplón.

Las palabras golpearon a Athelby, otro golpe en su estómago o posiblemente un poco más arriba. ¿Qué le pasaba? Ciertamente no eran celos, aunque la emoción que estaba experimentando era inquietantemente similar. Fuera lo que fuese, lo mencionaría a su médico en su próxima cita, que ocurría semanalmente. Uno no debería ignorar su salud, y siendo un duque sin heredero, mantenerse saludable era primordial.

La idea de estar celoso de quien llevara a Darcy de Merle a su cama era una noción ridícula y no algo que cualquier hombre cuerdo consideraría.

—Como es la ahijada de mi abuela, esperaría que por nuestra amistad ciertamente dijeras que no a un amorío con la dama, y ayudaras a prevenir cualquier problema en el que pudiera encontrarse si durmiera con un hombre que no fuera su esposo.

Aaron suspiró, asintiendo lentamente. —Veo tu dilema, y es un crédito para ti que estés preocupado por ella. Pero los hombres de nuestra clase saben cómo asegurarse de que no se otorgue ningún regalo inesperado y se entregue varios meses después.

—No puedes garantizar eso, y ella ciertamente estaría arruinada si eso le sucediera. Te lo pido de nuevo, como tu amigo, no intentes seducir a Darcy. Ella no es para ti.

—¿Para quién es entonces, si puedo preguntar? —Su amigo juntó las puntas de los dedos

frente a su barbilla y lo observó con ojos que podrían leer una página en blanco, Athelby estaba seguro—. ¿Para ti, por casualidad?

—Ciertamente no —protestó con una risa, pero el sonido salió hueco, y ese pequeño diablo nuevamente le susurró mentiroso al oído—. No puedo tolerar sus modales caprichosos o su flagrante desprecio por las reglas y los modales dentro de nuestra sociedad. A veces desespero de que sea incluso de sangre noble.

—Oh, pero olvidas quién es su familia y su fuerte y orgulloso linaje. Los de Merle no son personas a las que se les pueda decir qué hacer. Ellos hacen las reglas que el resto de nosotros debemos seguir. Si no lo hacemos, nos quedamos fuera y pronto somos olvidados.

Cuán cierto. Siempre le había sorprendido a Athelby que Darcy pareciera poder hacer y decir lo que quisiera sin recibir nunca censura de la sociedad. Era casi como si la familia fuera inmune a las repercusiones de sus escandalosas actividades.

—Bueno, estaría bastante feliz de quedarme atrás si eso significara no vivir la vida que Darcy de Merle parece decidida a habitar. —Athelby se puso de pie y se ajustó la chaqueta—. Le deseo un buen día.

—¿Te veré en el baile de mi hermana esta noche? Sabes que es su primero desde que se casó con el Conde de Glenn, y Sara siempre te ha tenido aprecio.

—Envié mi respuesta directamente después de recibir la invitación. Asistiré.

Aaron sonrió. —Muy bien. Nos vemos esta noche entonces, Su Gracia.

Athelby salió de White's. Afortunadamente, su cochero lo había seguido en su paseo y estaba estacionado al frente, así que pudo partir directamente. Golpeó el techo con su bastón y miró sin ver por la ventana. ¿Por qué la idea de que Darcy siguiera adelante con su vida, amando a alguien más y posiblemente casándose con otro caballero, le molestaba tanto?

Llamó por la ventana a su cochero para que lo llevara a la residencia del Dr. Duncan, su médico. Necesitaba ver a su doctor con urgencia. No había un momento que perder, pues ciertamente algo andaba mal con él. Y el nombre de esta enfermedad era Darcy de Merle.

Darcy y su amiga Lady Oliver habían disfrutado hasta ahora de su velada en el primer baile oficial del conde y la condesa de Glenn desde que se casaron al final de la temporada pasada. A Darcy siempre le había caído bien Sara y estaba encantada de que hubiera encontrado el amor con Lord Glenn, quien siempre había sido amable y afable con los demás.

Una persona que Darcy no deseaba particularmente ver, desafortunadamente, estaba al otro lado de la sala, aunque esta noche parecía un poco fuera de sí.

Estudió al duque de Athelby mientras hablaba con los anfitriones y el hermano de la condesa, el marqués de Aaron. El duque sostenía un vaso de lo que parecía ser brandy, y la idea de que consumiera tal bebida la dejó perpleja.

—Puedo ver a quién estás mirando, y también puedo ver cómo tu mente da vueltas preguntándose por qué está bebiendo —dijo Fran.

—¿Crees que es whisky lo que está bebiendo? —Darcy tuvo que admitir que verlo beberlo de un trago y pedir que se lo rellenaran la dejó absolutamente asombrada.

—Es un poco extraño, por decir lo menos. Tal vez esté tratando de parecerse más a sus pares, aunque dudo que ese sea el caso. Todo el mundo sabe cuánto detesta el juego, la embriaguez y el comportamiento inapropiado.

Hmm. Darcy lo observó un poco más antes de que una multitud de galanes se inclinara ante ella durante las siguientes horas y se viera arrastrada a valses y cotillones, olvidando todos los pensamientos sobre el duque.

Eso fue hasta unas horas más tarde, cuando salió a la terraza y encontró al duque de Athelby inclinado sobre la balaustrada, gimiendo.

—Athelby, ¿puedo ayudarle? No se ve muy bien, su gracia.

Él se estremeció al notar su presencia.

—Me avergüenza decir que me ha encontrado, Lady de Merle, en estado de embriaguez. Qué hipócrita debe pensar que soy.

Darcy sonrió, y aunque ciertamente lo estaba pensando, no lo molestaría con ese hecho ahora mismo. Realmente parecía bastante enfermo.

—En realidad, es un alivio verlo así. Durante algún tiempo pensé que no era usted humano.

Él soltó una carcajada y luego gimió.

—Soy humano, se lo prometo. —Sus palabras eran arrastradas, y el duque parecía cualquier cosa menos ducal en este momento—. Sé que piensa que soy un tonto pomposo. Un hombre que se tiene en muy alta estima.

Darcy encontró su mirada.

—No le mentiré, ya que éramos amigos de niños, pero sí, a veces lo pienso. Pero también me pregunto por qué. Nunca solía ser así, Cameron.

Parecía que el uso de su nombre de pila no pasó desapercibido para él, incluso en su estado de embriaguez. Sorprendentemente, tomó su mano, jugando distraídamente con sus dedos.

—Si alguien me viera ahora pensaría que soy mi hermano. El borracho tonto que no podía aguantar el licor.

—No habla de Marcus muy a menudo. Y se hace un descrédito, su gracia. Usted no es nada como su hermano.

Él suspiró, pasándose la otra mano por el pelo.

—Temo que con la más mínima provocación podría convertirme en él. ¿Y dónde dejaría eso el título, mi hogar y los arrendatarios que dependen de mí?

—Está ebrio. Eso no lo convertirá en su hermano. Y de todos modos —dijo ella, colocando su mano sobre la de él, que seguía agarrando la suya—, ¿qué tenía de malo ser como su hermano? Solo lo recuerdo vagamente, pero las veces que nos encontramos nunca pensé que

fuera un ogro.

—Era mi hermano y lo amaba, pero me niego a seguirlo a una tumba prematura. —Cameron gimió y, volviéndose hacia los jardines, vomitó sobre las rosas de Lady Glenn.

Él la alejó con un gesto, pero en lugar de irse, Darcy sacó el pañuelo blanco del bolsillo de su abrigo y se lo entregó.

El duque lo tomó y se limpió la boca antes de gemir y dejar caer la cabeza mientras se sentaba en la balaustrada de piedra.

—Cuando me sienta mejor, mataré al marqués. Aaron dijo que era simplemente un nuevo ponche que había creado la cocinera de Lady Glenn. No perdonaré al hombre su duplicidad.

Darcy le frotó los hombros a su gracia e ignoró el hecho de que bajo su mano había un hombre muy firme y musculoso, más de lo que había pensado. Apartó el pensamiento de cómo se vería sin camisa y en su lugar dijo:

—Le traeré un poco de agua. Volveré enseguida. —Después de escuchar sus temores de terminar como su hermano, no pudo evitar sentir compasión por el hombre. En su búsqueda por ser el duque perfecto, se había convertido en un hombre que nunca se relajaba, que ya no sabía cómo vivir, ni siquiera con moderación.

Hizo lo que prometió y en unos minutos regresó a donde había dejado a su gracia, solo para encontrarlo desaparecido.

—Estoy aquí —dijo él, la voz arrastrada sonando detrás de ella.

Ella miró alrededor y luego fue a sentarse junto a él en el pequeño nicho situado entre dos ventanas. Las habitaciones no estaban iluminadas y no se usaban esta noche, por lo que permanecían ocultos. Probablemente era algo afortunado considerando que su gracia no se encontraba muy bien. Si alguien lo atrapara en tal estado, el chisme que le caería encima no sería fácil de soportar para el hombre. Siendo tan escrupuloso con los buenos modales, no podría soportar ser visto como algo diferente a lo que predicaba. Y después de esta noche, ella entendía un poco por qué era así. Su abuela había intentado explicárselo a su manera, pero no fue hasta que Cameron lo explicó que Darcy lo entendió mejor.

—Beba esto, pero solo a sorbos. Debería hacerle sentir mejor.

Él tomó el vaso e hizo lo que ella le indicó, sin decir una palabra, simplemente sentado allí como un niño pequeño perdido. Aunque no se parecía en nada a un niño. De hecho, el desorden en el que Darcy lo veía ahora —corbata desatada, cabello desordenado que ya no estaba adecuadamente peinado y ojos ligeramente inyectados en sangre— lo hacía parecer salvaje, indómito y nada como lo había visto antes.

De hecho, el duque en este estado desaliñado era excepcionalmente apuesto.

—Por favor, no le cuente a nadie sobre mi estado. Sé que no somos amigos, pero por favor, si puede hacer esta única cosa por mí, estaré eternamente agradecido.

Darcy dirigió su atención hacia el jardín, aparentemente pensando en la pregunta de su gracia, aunque sabía que nunca revelaría su vergüenza. Podría ser una mujer que disfrutaba de

las fiestas, el baile y la alegría, pero no era una soplona ni una chismosa. Y nunca podría burlarse de un hombre al que le habían jugado una broma cruel.

Se volvió para mirarlo y un escalofrío la recorrió cuando lo encontró observándola fijamente. En este oscuro rincón, su excelencia parecía depredador, nada parecido a como era normalmente. Esto la dejó un poco insegura y cautelosa. Tal vez era ella quien había bebido demasiado vino esta noche.

—No se lo diré a nadie, jamás. Tiene usted mi palabra.

Su excelencia suspiró y se recostó contra la casa. —Me siento fatal. ¿Es esto normal? Si es así, me pregunto por qué tanta gente se entrega a tales pasatiempos.

—Ha bebido usted bastantes copas, Excelencia, y en rápida sucesión. No es de extrañar que no se sienta bien —Darcy se puso de pie, tendiéndole la mano. Él la tomó y se levantó.

—Camine hasta el frente de la casa, y haré llamar a su carruaje al mismo tiempo que el mío. Vuelva a casa, siga bebiendo agua y duerma un poco. Es posible que mañana tenga una jaqueca, pero debería empezar a sentirse mejor por la tarde.

El duque tomó su mano, inclinándose sobre ella y besando ligeramente sus dedos enguantados. —Gracias, Darcy.

No era frecuente que usara su nombre. De hecho, no podía recordar la última vez, tal vez fue cuando los juntaron de niños. De nuevo, un escalofrío de conciencia la recorrió, y dio un paso atrás para romper cualquier absurdo que se estuviera apoderando de su cuerpo.

—De nada, pero váyase. Espere en las sombras y verá su carruaje lo suficientemente pronto. Y permítame sugerirle que en el futuro no escuche a Lord Aaron. Sabe cuánto le gusta reírse a costa de los demás.

—Lo sé, y su señoría recibirá su merecido aunque sea lo último que haga.

Darcy sonrió y se marchó, cumpliendo lo que había prometido. Mientras esperaba su propio carruaje, observó cómo su excelencia salía de al lado de la casa y subía a su vehículo. De nuevo, le recordó lo alto que era, su forma atlética que no había notado hasta esta noche.

Suspiró, se envolvió más estrechamente en su capa, bajó los tres escalones de la casa y subió a su propio carruaje, indicando en voz alta la dirección de la partida de cartas de Sir Richard Walton a la que también había sido invitada. Con su buena acción hecha por esta noche, aún era temprano, y quedaba más diversión por disfrutar. Y quizás, solo quizás, la suerte estaría de su lado esta noche y ganaría algunas manos en lugar de donar siempre sus fondos a los bolsillos profundos de otros.

CAPÍTULO
TRES

Darcy no vio a su excelencia en ningún evento durante los días siguientes. Lo atribuyó a que el duque estaba avergonzado por lo que ella había visto que hacía y el estado de su vestimenta y apariencia. Sin mencionar lo que le había contado sobre su hermano, que en su estado de embriaguez podría no haber sido intencional.

Ahora, después de demasiado tiempo, Darcy quería verlo —algo que nunca había imaginado — aunque solo fuera para comprobar por sí misma que había sobrevivido a su noche de borrachera y estaba bien de nuevo. De vuelta a su ser normal, insultando a las matronas y asustando a los jóvenes petimetres que actuaban sin decoro. Esta noche ni siquiera había visto a su madrina, de quien le habían dicho que había regresado a la finca familiar en el campo después de resfriarse. Darcy tendría que escribirle mañana deseándole una pronta recuperación.

El corazón de Darcy se aceleró cuando el maestro de ceremonias anunció al Duque de Athelby. Se giró para verlo saludando a los anfitriones.

Él escudriñó a la multitud mientras caminaba entre la gente reunida antes de que su mirada se encontrara con la de ella y no se apartara. Darcy le sonrió, asintiendo ligeramente, y él a su vez se dirigió hacia ella, el mar de gente aparentemente abriéndose paso para que su avance fuera rápido y sin incidentes.

Darcy hizo una reverencia, extendiendo su mano mientras él se inclinaba, besando ligeramente sus dedos.

—Lady de Merle. Espero encontrarla bien esta noche.

—Y yo a usted, Su Excelencia.

La comprensión brilló en sus ojos y se rio. Darcy permaneció muda por un momento. El duque tenía una risa maravillosa y rica. Una risa que iluminaba sus ojos y transformaba su aspecto estoico en uno de animada delicia.

Maldita sea.

—Estoy muy bien, y prometo beber solo ponche sin adulterar esta noche.

Ella sonrió.

—Sabe, no hay ningún crimen en tomar whisky, champán o vino, Su Excelencia. Siempre que sea con moderación.

—Y esto de una mujer que hace no una semana estaba ebria.

La decepción la apuñaló al ver que la actitud de su excelencia no había cambiado. Aquí estaba, de vuelta a sus comentarios mordaces a los cinco minutos de llegar al baile.

—Puede que estuviera achispada, pero no tuve el placer de regurgitarlo como otros suelen hacer.

Su mandíbula se tensó.

—Touché. Cedo ante su punto.

—Eso espero.

Lord Aaron se unió a ellos e hizo una reverencia ante Darcy.

—Creo que el próximo set es mío, Lady de Merle.

Darcy hizo una reverencia ante el duque, sin perder de vista su destello de molestia porque el marqués le hubiera pedido bailar. Esto encendió un pequeño diablo dentro de ella para coquetear con su señoría e irritar a Athelby más de lo que debería.

—Así es, milord —Darcy tomó su mano y dejó que la condujera a la pista de baile mientras otros se preparaban para unirse a una cuadrilla.

El baile le dio a Darcy la oportunidad de averiguar por qué el marqués le había jugado tal broma a su amigo.

—¿Sabía usted que el ponche que le dio a su excelencia la semana pasada no era nada más que ponche, y que, de hecho, era algún tipo de bebida que lo embriagó?

El marqués sonrió, con risa en los ojos.

—Lo sabía, pero la cocinera de mi hermana es muy astuta, y cualquiera que bebiera el brebaje no tenía idea de que demasiado lo dejaría ebrio.

—Pensé que usted y el duque eran amigos. ¿Cómo pudo dejarlo llegar a tal estado sabiendo que él está en contra de ese tipo de vicios?

—Porque —dijo el marqués, poniéndose serio—, si no se relaja un poco, si no ve la vida como es, que es para vivirla y disfrutarla, terminará siendo un hombre viejo, solitario y amargado. No quiero ver eso para él. Se merece algo mejor.

—Eso, milord, es algo en lo que al menos estamos de acuerdo, pero le pediría que no lo engañe de esa manera otra vez. No fue propio de usted.

El marqués pareció debidamente reprendido.

—Prometo que no lo haré. Pero ¿qué hay de usted y su preocupación por él? No pensé que siquiera le agradara Athelby.

Lo que el marqués decía era ciertamente cierto. No eran cercanos, ni ella le tenía mucho aprecio hasta la noche en que lo encontró vomitando sobre las rosas. Pero había estado asociada con su familia cuando era niña y le debía a su abuela cuidar de él si tenía que hacerlo.

—Mi amor por su abuela y nuestra amistad de niños me hacen decir estas cosas. No lea nada más en esa preocupación, milord.

El baile los separó por unos pasos antes de que se reunieran de nuevo.

—Bueno, puede que usted no esté atenta al duque, pero él ciertamente la está notando —dijo el marqués—. Incluso ahora, está observando, probablemente tratando de encontrar fallos en nuestros pasos.

Darcy frunció el ceño. No era muy apropiado que su señoría se riera así de su amigo. Habiendo tenido suficiente de él, se apartó de su agarre e hizo una rápida reverencia.

—Si me disculpa. Me temo que no deseo seguir bailando con usted, milord.

Él alzó las cejas, claramente sorprendido.

—¿No lo desea?

—No —dijo ella—. Creo que es usted un necio.

Las pocas personas a su alrededor jadearon y algunos de los caballeros se rieron antes de que ella caminara hacia el duque y tomara su mano, llevándolo a la pista de baile.

—¿Bailamos? —preguntó.

Con elegancia y facilidad, Athelby la guió de vuelta a los pasos. Estuvieron en silencio por un tiempo antes de que él dijera:

—Parece disgustada. ¿Ocurre algo?

—Solo que usted tiene amigos muy extraños, Su Excelencia. Si yo fuera usted, vigilaría lo que dice alrededor del marqués. No me parece sincero.

—Si lo que ha alterado sus plumas es únicamente en mi nombre —por mi honor—, no se preocupe. Aaron es tan honesto como yo, si no un poco menos mordaz. Si se burló de mí delante de usted, y dijo algo que parece impropio de nuestra amistad, no debe preocuparse por ello. Porque yo no lo haré.

—Él dijo que usted tiene un interés en mí, más allá del de un amigo.

El duque la miró desde arriba, y ella se sorprendió al reconocer el deseo en sus orbes grises. ¿Quién hubiera pensado que el duque tan correcto albergaba tales emociones en su cuerpo y mente indiferentes?

—Está equivocado.

En serio... Darcy entrecerró los ojos, sin creerlo ni por un momento. —Me alivia oírlo.

Athelby pudo ver por el arqueo incrédulo de las cejas de Darcy que ella no estaba de acuerdo con su declaración, y tendría razón. Después de su ayuda la otra noche, y la falta de rumores sobre su vergonzoso desliz de etiqueta, ella le había demostrado que era digna de confianza. Probablemente más que su amigo más antiguo, Lord Aaron.

—¿Sabe usted que hay dos apuestas sobre mí en White's sobre quién tomaré como amante o incluso como esposo?

La atrajo más cerca de lo que debía, culpando a la multitud de bailarines a su alrededor. —Lo sé, y he declarado a quienes han hecho una apuesta que son vulgares y nada caballerosos.

Ella le sonrió, y el aliento en sus pulmones se detuvo. Maldición, era tan hermosa, tan besable, que dolía negarse a sí mismo. Pero ella no era para él. Los de Merle eran demasiado salvajes, inmanejables y ciertamente no jugaban según las reglas por las que él regía su vida.

Pero probarla, aunque fuera una sola vez, seguramente lo saciaría por el resto de sus días.

—¿Cómo sabe usted de esta apuesta en todo caso?

Esta vez ella rió, un sonido rico e intoxicante que casi deshizo sus años de estricto decoro y lo hizo querer tomarla aquí y ahora. Besar esos labios sonrientes hasta que ambos se perdieran el uno en el otro y no notaran nada ni a nadie más a su alrededor. Apartó su mirada de la de ella y miró fijamente por encima de su hombro. A cualquier parte menos a la tentación que tenía en sus brazos, que lo llevaría a la ruina igual que a su hermano.

—Sé todo lo que sucede en su pequeño y secreto White's, y al principio quizás me molestó un poco la apuesta, pero ahora la encuentro bastante divertida.

Él no podía ver nada remotamente cómico en la apuesta. Era degradante para ella y para cualquiera que participara en tal comportamiento escandaloso. Darcy no merecía ser el objeto de burlas y juegos de sus congéneres. —Yo no.

—Puedo ver por su rostro que no. Pero ¿debería jugar el pequeño juego sobre el que todos los caballeros de White's están apostando? ¿Con quién me sugeriría que me case? O, alternativamente, ¿a quién debería tomar como mi amante?

Él balbuceó, incapaz de responder de inmediato. —No sabría cómo dar tal consejo.

Ella resopló, y él se negó a mirarla. ¿Cómo podría cuando no quería que ella pensara en ninguno de los caballeros de la alta sociedad de esa manera? No es que ella fuera para él tampoco, se recordó. Simplemente pensaba que lo mejor para Darcy era permanecer soltera por el resto de sus días. Tal vez viajar por el continente y convertirse en una experta en bordado. Cualquier cosa menos casarse de nuevo donde él tendría que observarla desde lejos.

—¿Así que no puede decirme qué hombres debería considerar y de cuáles debería mantenerme bien alejada? Usted está cerca de los caballeros cuando están encerrados en su pequeño club. Pensaría que escucha todo lo que realmente piensan y quieren decir, ciertamente más de lo que cualquier mujer podría saber jamás.

—Incluso si conociera a algunos caballeros que fueran adecuados, no podría en buena conciencia hablarle de tales cosas. Va en contra de mi juicio moral. —Perdió contacto con ella por unos pasos antes de sacarla del baile para pararse junto a una ventana parcialmente abierta.

—Dígame, Su Gracia, ¿cree que su alto juicio moral lo mantendrá caliente en la cama? ¿No anhela el consuelo de una mujer, que lo ame de todas las formas en que un hombre y una mujer deberían?

Athelby tragó saliva. Esta conversación estaba bien más allá de su conocimiento. Tiró de su corbatín que de repente estaba demasiado apretado. —No debería decir tales cosas.

Darcy se acercó más de lo que debía ahora que ya no estaban bailando y, sin embargo, para su consternación y placer, él no retrocedió ni se alejó a donde estaba a salvo. Maldita sea, se estaba convirtiendo en su hermano. Un hombre que no podía decir que no a una mujer.

—¿Sería usted, cree Su Gracia, adecuado como mi amante?

Él se volvió y la miró, y maldición, no pudo ocultar lo que había tratado de hacer durante

tantos meses. Decirle que ella era todo en lo que pensaba cuando estaba solo. Que cuando había estado casada con ese petimetre del conde de Terrance, el pensamiento de ella con él en su cama, acostándose con él noche tras noche, lo había atormentado. El hombre estoico y frío que era no podía culparse totalmente a su hermano imprudente. Mucho tenía que ver con sus celos del conde y de quién tenía como esposa.

Pero por mucho que anhelara tener a Darcy, nunca sucumbiría a los elementos más bajos que atormentaban a muchos de sus congéneres, no solo a él. No era un libertino, un sinvergüenza que tendría a cualquier mujer que deseara, solo para descartarla cuando ya no tuviera uso para ella. O participar en estúpidas carreras de carruajes donde uno terminaba muerto.

La mujer con la que se casara sería una virgen respetable y bien conectada. Una mujer de modales impecables. No la diabólica minx que lo miraba en este momento, desafiándolo con sus ojos azul cristalino a inclinarse y besarla frente a toda la alta sociedad.

—Nunca, Lady de Merle. No seríamos compatibles. —Sus palabras fueron cortantes, y apartó su atención hacia la multitud reunida para ignorar el destello de dolor y desesperación que había entrado en sus ojos.

—¿Qué hay de su amigo el marqués de Aaron? Tal vez debería llevarlo a mi cama.

Él la agarró del brazo, obligándola a mirarlo. —No lo hará, y él tampoco.

Ella alzó una ceja con incredulidad. —¿Y cómo sabe esto?

—Porque le dije que mantuviera sus sucias manos lejos de usted. —Giró sobre sus talones y se dirigió hacia las puertas del comedor justo cuando un lacayo anunció que la breve colación estaba lista. No se volvió, pero la quemadura de la mirada de Darcy en su espalda lo reprendió y no disminuyó durante el resto de la noche.

A Darcy le costó conciliar el sueño aquella noche, y muchas noches después, pensando en lo que el duque de Athelby le había dicho antes de escabullirse como un lobo herido.

Era insoportable. ¡No podía simplemente decir algo así y luego marcharse! Y por mucho que se desagradasen mutuamente, existía una extraña atracción entre ellos que ambos necesitaban admitir.

Actuar sobre...

Se recostó en la bañera, salpicando agua en el suelo. ¿Qué debo hacer con esta absurda atracción? Athelby no era el tipo de hombre que se permitía amoríos. Algo se removió en su interior. ¿Habría estado alguna vez con una mujer, de alguna manera? No solo íntimamente, sino incluso un simple beso.

Después de lo que le había contado sobre su hermano, dudaba que se hubiera permitido el más mínimo desliz en ceder a los deseos básicos del hombre.

Esta noche era el baile de máscaras de los Fox, un evento codiciado que marcaba la mitad de

la temporada. No había asistido cuando estaba casada, ya que Terrance se lo había prohibido. Por supuesto, el negarle sus propias diversiones no le impedía a él participar, y a menudo volvía a casa con la ropa rasgada, sin máscara y numerosas marcas de amor en el cuello y el cuerpo.

La puerta de su habitación se abrió y cerró rápidamente antes de que los pasos ligeros de su doncella resonaran sobre la alfombra Aubusson. —Su vestido está listo, milady. ¿Desea que la ayude a salir del baño?

—Sí, gracias —dijo Darcy, poniéndose de pie, y tomó la mano de su doncella mientras salía —. El vestido azul real con la segunda falda bordada con hilo de oro combinará con mi tez oscura y la máscara dorada. Jane, llevaré el pelo semirecogido esta noche.

—Sí, milady.

Un par de horas después, Darcy se encontró en el salón de baile para la fiesta de máscaras. Las puertas de la terraza estaban abiertas, permitiendo a los cientos de asistentes pasear por los jardines y tomar aire si lo deseaban.

La abundancia de velas, los vestidos estampados y las hermosas máscaras dificultarían encontrar a alguien conocido, y sin embargo, solo había una persona a la que realmente quería encontrar.

Bailó un par de danzas y el primer vals con un caballero que se mostró tan tímido y reservado como ella. Para ser su primer baile de máscaras, descubrió que lo estaba disfrutando mucho. Estar de incógnito era liberador, y le complacía descubrir que sus habilidades para el coqueteo no habían muerto junto con su marido.

Fue durante una giga, donde se cambiaba de pareja varias veces durante el movimiento del baile, cuando un escalofrío de conciencia recorrió su espina dorsal. Su nueva pareja le tomó las manos y la guio en el baile.

Alzó la mirada y reconoció la sonrisa de Athelby. —Nos volvemos a encontrar, Excelencia.

—Veo que mi máscara no os ha engañado. —No parecía complacido, pero Darcy no prestó atención a su tono. Esta noche, besaría a este hombre aunque fuera lo último que hiciera. De una vez por todas, vería si esta absurda atracción que sentía por él estaba justificada o era fruto de su retorcida imaginación.

—Os reconocería en cualquier parte, Athelby. —Y si no lo reconociera a simple vista, su cuerpo le alertaba de su presencia. Tal como había sucedido esta noche, y si era sincera, durante muchos años antes.

Athelby frunció el ceño mirando a Darcy. Cualquier cosa menos dejar que la pequeña descarada supiera que tenerla de nuevo en sus brazos lo dejaba tambaleándose, luchando con su moral sobre lo que deseaba hacer y lo que debía hacer.

El mayor enigma que tenía, y uno que odiaba admitir, era que Darcy lo ponía nervioso. Cada vez que estaba cerca de ella, luchaba por no balbucear como un tonto. Y después de su discusión sobre quién le convendría más como amante o futuro marido, algo le decía que su nerviosismo solo aumentaría.

—Me cuesta creerlo, Lady de Merle. —Usó su título, no su nombre de pila. Cuanta menos intimidad entre ellos, mejor. O eso se decía a sí mismo. Aunque el baile exigía que cambiara de pareja, la mantuvo en sus brazos.

—¿De veras? Simplemente tengo que buscar al caballero de aspecto más enfadado, el que frunce el ceño a todos, y sé que os he encontrado. Incluso detrás de vuestra máscara rezumáis molestia. Sois como un elefante tratando de esconderse detrás de un palo.

—En verdad, qué analogía tan absurda. —Athelby intentó ofenderse, y sin embargo, se encontró con que sus labios se curvaban en una sonrisa. Volvería a discutir esta enloquecedora atracción por una mujer que no era adecuada para ser su duquesa en su próxima visita al Dr. Duncan. Seguramente habría algún tipo de píldora que uno pudiera tomar para curarse de los sentimientos.

El baile terminó, y la condujo hacia las puertas de la terraza. —¿Os apetece dar un paseo? Parecéis un poco acalorada.

—Siempre y cuando no intentéis seducirme, Duque. —Darcy le sonrió y deslizó su brazo alrededor del suyo, guiándolo hacia el exterior. El aire era frío, pero refrescante después del sofocante salón de baile.

—Vuestra reputación está a salvo conmigo. Diría que probablemente sois la mujer más segura de Inglaterra en este momento. —No era exactamente cierto... Por el rabillo del ojo, la observó mirando las estrellas, y su estómago se contrajo al ver lo hermosa que era, sin que la máscara fuera un impedimento para su belleza.

Pasearon hacia el fondo del jardín, donde solo se escuchaba el sonido del agua corriente y algunos susurros. Como la finca de los Fox lindaba con Hyde Park, los jardines eran bastante extensos, y había muchos lugares donde la gente podía desaparecer para un encuentro amoroso o un paseo.

Athelby no sería uno de ellos.

Un banco de mármol resplandecía bajo la luz de la luna, y condujo a Darcy hacia él para sentarse un rato. Aprovechando la oportunidad, se quitó la máscara, y se alegró de ver que Darcy hacía lo mismo.

—¿Habéis besado alguna vez a una mujer, Excelencia?

La pregunta lo tomó por sorpresa y balbuceó antes de responder:

—Por supuesto.

Había besado a su abuela para saludarla y despedirse, y a otros miembros de la familia también. Así que, en toda verdad, lo que afirmó no era una mentira. No realmente. Pero entendió su pregunta, y la verdad era que no. Nunca había besado a una mujer con pasión. Para hacer que ambos anhelaran y desearan aquello a lo que los besos solían conducir. Su hermano besó a demasiadas mujeres en sus años más jóvenes, y sus acciones insensatas en nombre de las mujeres lo llevaron a su temprana desaparición. Él no cometería el mismo error. Era el último heredero Athelby sobreviviente. Si él moría, el título ducal moriría con él.

Podía sentir la mirada de Darcy sobre él, y por mucho que quisiera no mirarla, no pudo evitarlo. Se volvió, y el fondo de su estómago se contrajo de la manera más embriagadora. Una sensación que nunca antes había experimentado, pero que quería sentir una y otra vez.

—¿Le gustaría besarme, Athelby?

Maldita sea, sí quería.

—No.

CAPÍTULO
CUATRO

Que lo maldigan al Hades y de vuelta. Después de semejante pregunta, lo último que Darcy pensó que haría un hombre cuerdo sería ponerse de pie como si le hubieran pinchado con un atizador ardiente y dar diez pasos. Ella permaneció en el asiento, observándolo, aún sin estar dispuesta a renunciar a su propósito de la noche.

Athelby necesitaba ser besado, que le mostraran que solo porque su hermano hubiera fallecido después de una vida muy imprudente, no significaba que un beso con ella lo llevaría por el mismo camino. El hombre necesitaba que le demostraran que la vida podía ser apasionada sin peligro, desastre y muerte. No todos eran como su difunto hermano.

—No, no lo haría. No sé qué juego está jugando, mi lady, pero no me parece divertido en lo más mínimo.

Ella se encogió de hombros.

—Quiero besarte, así que pregunté si el sentimiento era recíproco. Has dicho que no lo es. No hay sentimientos heridos ni corazones rotos, simplemente quería mostrarte que al besarme, la línea ducal no caerá. Estará ahí mañana igual que hoy. Eso es todo.

—¿Querías usarme?

Ella soltó una carcajada, no lo más apropiado para una dama, y sin embargo, por primera vez, su gracia no la regañó por ello.

—No, quería besarte. Simplemente un hombre y una mujer disfrutando el uno del otro —se puso de pie y se acercó a él con paso lento, divertida cuando él retrocedió hasta que su espalda chocó contra un gran roble.

—No quiero besarte, Lady de Merle.

—¿No? Bueno, es una lástima —pasó su mano por las solapas de su chaqueta, la respiración acelerada y el ritmo cardíaco le decían más sobre lo que el duque sentía que lo que estaba diciendo—. ¿No sientes ni un poco de curiosidad por cómo sería? Rara vez nos hemos llevado bien, pero tal vez nos llevaríamos de maravilla en este aspecto.

Cuanto más hablaba de besar al hombre, más deseaba alzarse y hacerlo. Tomar sus labios, que parecían perfectamente proporcionados con el resto de su rostro, y ver si eran tan suaves como sospechaba.

—No lo haríamos —dijo él, su atención fija en su boca.

Darcy se mordió el labio inferior, y no pasó por alto el apretón de su mandíbula. Oh sí, el duque quería besarla. Y si ella fuera una mujer de mundo, que en cierto modo lo era, él quería hacerlo con una desesperación que ella misma admitía.

—Solo uno pequeño. No le negarías a una dama esa pequeña petición, ¿verdad?

Él frunció el ceño, y ella agarró las solapas de su chaqueta, poniéndose de puntillas para alcanzarlo mejor.

—No me lo niegues, Duque —susurró.

—Maldita seas, Darcy.

Ella jadeó cuando el poco control que había tenido hace un momento desapareció y fue agarrada por el duque, arrancada contra su pecho, su boca descendiendo con fuerza contra la de ella, su lengua empujando contra la suya.

Gimió, sorprendida y encantada por el placer que la recorría. No había anticipado querer hacer mucho más con el duque que besarlo, pero ciertamente lo deseaba ahora.

Esto nunca sería suficiente. Quería más, mucho más, y lo difícil sería cómo conseguir lo que quería. Cómo convencer al duque de que podían estar juntos así, sin que su miedo a convertirse en un libertino depravado como su hermano impidiera su decisión.

Él la sostuvo con firmeza, sus manos deslizándose más alrededor de su espalda donde un pulgar rozó sus hombros desnudos. Darcy trató de mantener el ritmo, pero su mente daba vueltas. El duque sabía besar, muy bien, considerando que no había besado a nadie así antes.

Él podría decir lo contrario, pero conociéndolo a él y sus costumbres, Darcy estaba segura de que ella era la primera.

Inclinándose aún más sobre sus dedos, sus pechos lo rozaron mientras deslizaba sus manos por su cabello, manteniéndolo exactamente donde ella lo quería. El beso se volvió ardiente, y ella luchó por no perder el poco control que aún mantenía.

Athelby deslizó su mano sobre su cuerpo delectable, apenas oculto por su vestido de seda, y agarró su muslo, levantándolo un poco contra el suyo. Su respiración salió en un suspiro y su corazón amenazó con estallar. Darcy lo besaba con un deseo que lo encendía en llamas. Su miembro se endureció, dolorosamente, y su gemido suplicante cuando se frotó contra él casi lo hizo perderse en sus calzones.

Debería avergonzarse de sí mismo. Esto no era lo que debería estar haciendo con ella. Su brújula moral lo había abandonado por completo. Trató de pensar en su hermano, su muerte y la mujer detrás de ella. Recordarse a sí mismo que la imprudencia de su hermano por una mujer —una mujer con la que la familia nunca le habría permitido casarse en cualquier caso— fue la razón por la que participó en la estúpida carrera de carruajes que lo mató.

Pero cuando Darcy ralentizó el beso, su lengua persuadiendo la suya, todo lo que Athelby quería hacer era devorarla. Tomar todo y todo lo que ella quisiera dar. Su beso era todo lo que él pensaba que sería, y nunca sería suficiente. No para él.

—Déjame cortejarte, querida. Necesito más que solo esta noche —dijo, tomando sus labios de nuevo como si su vida dependiera de ello.

La mente de Darcy dio vueltas ante la mención del cortejo. Ya se había casado con un hombre controlador, mezquino y vengativo. No es que el duque fuera vengativo, pero ciertamente podía ser cortante, y le gustaba el control por encima de todo. Podría desear tomarlo como amante, pero nunca como marido. No escapó por casualidad de un matrimonio terrible, solo para entrar en otro de características muy similares.

Se arrancó de sus brazos, y él dio un paso hacia ella, su mirada desenfocada y loca de deseo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, sin aliento.

—Salvándonos de un error —arregló su vestido y se acomodó el cabello, levantando una mano cuando él trató de alcanzarla—. No más, Su Gracia. No debería haberte provocado así para que me besaras, y me disculpo.

Él se quedó allí, con una expresión de shock y molestia asentándose en sus facciones. Luego tomó un respiro calmante y se pasó una mano por el cabello, mirando alrededor para ver si alguien había estado observando su evidente sesión de caricias en el jardín.

—Soy yo quien debería pedir perdón. Me dejé llevar por una emoción inesperada —hizo una reverencia—. Buenas noches, Lady de Merle.

Darcy se llevó una mano a los labios para evitar pedirle que se quedara, que terminara lo que temía desde hacía semanas que había surgido entre ellos. Deseo, una necesidad abrasadora e intoxicante del uno por el otro, que temía haber avivado esta noche con sus bromas y su beso.

Él recogió su máscara, y ella lo vio desaparecer por el sendero del jardín. Se sentó de nuevo en el banco. Solo había un camino a seguir después de esta noche. Tendría que mantenerse bien alejada del duque, no asistir a ningún evento al que él pudiera asistir, e intentar evitar hacer exactamente lo que deseaba hacer de nuevo.

Llevar al Duque de Athelby a su cama.

Athelby, hasta esta noche, había logrado evitar a Darcy de Merle. Pero al entrar en el musical loo organizado por el Conde Musgrove y su esposa, que sería seguido por una ligera cena, sus días de evasión habían terminado.

Se quedó de pie en la parte delantera de la sala de música, donde Lady Musgrove había dispuesto sillas frente a un escenario improvisado donde actuarían los invitados, y una pequeña orquesta tocaría para complementar a los cantantes.

En el pasado, había disfrutado mucho de este tipo de eventos. No tenía que conversar demasiado con los asistentes, y con la cena servida justo después, la mayoría estaba comiendo, por lo que de nuevo la conversación no era excesivamente necesaria.

Su ubicación le daba la oportunidad perfecta de observar a los demás mientras llegaban.

Asentía mientras el Marqués de Aaron le hablaba sobre la última Ley de Tierras de la Corona en el Parlamento, pero su mente estaba en otra parte. De hecho, su mente y su cuerpo no le habían pertenecido durante las últimas dos semanas. Pertenecían a otra persona.

Interminables horas reviviendo el beso que había compartido con Darcy atormentaban su mente. Su cuerpo dolía como nunca antes. Había perdido la cuenta de las veces que se había despertado en medio de la noche, con el miembro duro como una roca. A veces, en su punto más bajo, se había encontrado con la mano aferrada a él, acariciándolo, provocándolo como deseaba que ella lo hubiera hecho.

Era completamente mortificante e inapropiado, y literalmente moriría de vergüenza si alguien supiera lo que había estado pensando. Lo que había estado anhelando hacer con la pequeña pícara que estaba de pie riéndose de algo que su amiga Lady Oliver estaba diciendo. Tal como iba, sería tan depravado como su hermano antes del final de la temporada.

—Si sigues mirando a de Merle de esa manera, te obligarán a casarte con la chiquilla. ¿Qué has hecho con la dama que te tiene tan obsesionado con su persona? —preguntó Aaron, dando un sorbo a su vino.

No tanto como me gustaría haber hecho.

Maldita sea. Arrancó su mirada hacia el suelo y estudió la marquetería por un momento. —No he hecho nada con su señoría. Simplemente me irrita.

Me atormenta...

—El libro de apuestas en White's ahora dice que Lord Thomas y Sir Fraser son los favoritos en la contienda por ser sus amantes. Han sido bastante atentos con ella, y ciertamente les ha permitido mostrar su afecto, si me entiendes.

—¿Les ha permitido besarla? —Cerró la boca de golpe y se irguió, levantando la barbilla para no mostrar que la mención de Darcy besando a otro le dolía. Le dolía como el infierno.

—Tengo entendido que Sir Fraser ha tenido el placer, pero ya sabes cómo son estos jóvenes gallos, a menudo cuentan historias solo para aumentar su propia importancia.

—No deberían asociar su comportamiento escandaloso con Lady de Merle si no es cierto. Su reputación podría verse manchada por tales rumores.

—Debo admitir que es impresionante. Y he querido disculparme por mi comportamiento de la otra semana. Mis burlas hacia ti no estaban justificadas, y lamento haber hablado de ti de esa manera con Lady de Merle.

Athelby asintió una vez. —Disculpas aceptadas. Pero no deberías preocuparte. Nunca presto atención a tus tonterías cuando estás bebido.

El marqués resopló, levantando su copa de vino en un saludo. —Como debe ser —hizo una pausa por un momento—. Aunque Lady de Merle parece mostrar interés en ti, Athelby. ¿Estás seguro de que me estás diciendo la verdad cuando afirmas que no hay nada entre ustedes dos?

Había mucho entre ellos, pero nada que él admitiría verbalmente. Ni siquiera a su amigo más cercano. Dirigió su atención hacia donde sabía que estaba Darcy y sus miradas se encontraron.

De nuevo, su estómago dio un vuelco de la manera más vertiginosa e intoxicante y apretó la mandíbula.

Maldita sea. Había esperado que después de estar lejos de ella estas últimas semanas, tal reacción no ocurriría. Qué equivocado había estado. Si acaso, era peor.

La negación, al parecer, hacía que el vínculo se fortaleciera.

—Se han besado. Puedo verlo entre ustedes dos tan claro como el aire. Y quieres hacerlo de nuevo. Admítelo, hombre, has tenido un encuentro con de Merle.

—Ningún encuentro, solo un beso —Maldición, no había tenido la intención de decir nada al respecto. Arrancó su atención de Darcy y frunció el ceño a su amigo—. No le cuentes a nadie lo que sabes, y no pongas mi nombre como candidato para la mano de su señoría, ni en matrimonio ni como amante.

—Creo que podrías ser un candidato para ambos, por la forma en que te está mirando ahora mismo, diría que es más probable que seas su amante antes que cualquier otra cosa.

La idea de tener a Darcy debajo de él en su cama hizo que su sangre latiera en un crescendo que ni siquiera los instrumentos a punto de tocar podrían alcanzar. —No me acostaré con ella. Nunca —Hacerlo iba en contra de toda su moral, la forma en que había vivido su vida. Las relaciones fugaces no eran lo suyo ni lo serían jamás. Era un duque respetable y honorable. No un libertino.

—Oh, bueno, por la apariencia de Sir Fraser has perdido tu oportunidad. Y Lady de Merle parece bastante complacida con sus atenciones, si soy buen juez de carácter.

—No me importa —Athelby se sentó y se negó rotundamente a apartar la atención del escenario, aunque el canto aún no había comenzado. Aaron se sentó a su lado, negando con la cabeza, pero aparentemente decidiendo no expresar lo que fuera que estuviera pensando.

Athelby pensó que era lo mejor, considerando que su humor estaba decididamente agriado. No podía estar seguro si era debido a que Darcy se deshacía en atenciones con otro caballero, actuando inapropiadamente una vez más, o porque no era él mismo con quien ella se estaba comportando de manera inapropiada.

La velada musical organizada por el Conde y la Condesa Musgrove era algo que Darcy había estado esperando con ansias, hasta el momento en que vio a Athelby en toda su elegancia parado junto al Marqués de Aaron, su oscura e intensa inspección de ella la perturbó más de lo que le gustaría admitir, dejándola sonrojada.

Se había propuesto mantener distancia de él, y lo había logrado bastante bien hasta ahora. Su círculo social era amplio y variado, y no había sido difícil evitarlo en los bailes y fiestas a los que ambos eran invitados. Si se enteraba por su abuela cuándo asistiría él a un evento, simplemente se aseguraba de asistir en un horario diferente.

Todo había funcionado espléndidamente, hasta esta noche. Un loo musical no era algo que pensara que interesaría al duque, y sin embargo aquí estaba, tan apuesto como siempre, frío y distante como siempre había sido.

Negó con la cabeza mientras comía un pastelillo de cangrejo durante la cena. Después de la música, él pareció desaparecer, y ella supuso que había regresado a casa o se había marchado a otro evento. El hecho de que su ausencia la dejara un poco aburrida y afligida no debía ser considerado. Estaba decidida a no volver a casarse nunca, sin importar cuán tentador pudiera ser ser cortejada por el Duque de Athelby. No podía arriesgarse a otro mal matrimonio como el que había tenido que soportar con Terrance.

—Fran, querida, voy a usar el tocador de damas, y luego creo que me iré. Deseo salir a montar mañana por la mañana, y nunca me levantaré si no me voy a casa pronto.

Su amiga le entregó su copa a su marido, que estaba de pie con ellas. —¿Quieres que te acompañe?

Darcy rechazó su sugerencia con un gesto. —No, estaré bien, y mi doncella me está esperando allí. Quédate aquí y disfruta de esta deliciosa cena.

Salió por la puerta por la que había visto deslizarse a otras damas. Un lacayo le explicó dónde estaba el tocador y la señaló en la dirección correcta. Caminó pasando una hilera de ventanas, algunas de las cuales eran de diseño saledizo. Cortinas de terciopelo rojo colgaban en todas ellas, permitiendo privacidad a cualquiera que se sentara en el asiento con vista a los jardines si así lo deseaban. Al pasar frente a una que estaba cerrada, ahogó un grito cuando una gran mano salió y la arrastró al secreto alcove.

—¡Usted! —La mirada salvaje y voraz en el rostro de Athelby la hizo dudar, y no dijo otra palabra.

—Sí, yo —dijo él, empujándola contra la pared y tomando sus labios en un beso abrasador. En contra de su mejor juicio y sus reglas, sus errores pasados y deseos para el futuro, Darcy se aferró a él, prácticamente trepando contra su persona y acercándose todo lo posible mientras el beso continuaba.

Era demasiado. Esta necesidad, la obsesión que todo lo consumía por él, no podía ser posible. —Tócame, Cameron —jadeó mientras él intentaba levantarla para acercarlos lo más posible.

Al no lograrlo, él gimió y se meció contra ella en su lugar. Una mano jugueteó con la base de su vestido, antes de que el fresco aire nocturno besara su tobillo, pantorrilla y luego, gracias a Dios, finalmente, su muslo. Athelby se detuvo, alejándose un poco para mirarla fijamente. —No sé qué hacer.

Darcy luchó por entender lo que él estaba diciendo a través de su mente consumida por el deseo antes de que la comprensión llegara. Tomando su mano, lo guió hacia donde más quería que la tocara.

Él no se apartó ni detuvo lo que ella le estaba mostrando, y el hecho de que este hombre, un duque nada menos, no fuera hábil en las formas de lo que una mujer deseaba le convenía. Era suyo para moldear. Para enseñarle caricias, besos y cualquier otra cosa que hicieran juntos. Saber que nadie más había estado con Athelby de esta manera era un poderoso elixir difícil de negar.

Al principio, su toque fue vacilante, demasiado cuidadoso, como si tuviera miedo de

lastimarla. Este tipo de interminable provocación casi era suficiente para enviar placer rebotando a través de ella. —Desliza tu mano contra mí, explórame y conóceme, Cameron.

Cameron nunca, jamás había querido tomar a una mujer tanto como luchaba por no tomar a Darcy. Ella estaba frente a él, suya para tomarla, con las piernas separadas mientras la pared la sostenía mientras él provocaba y tocaba las partes más privadas de una mujer.

Cuando la había arrastrado al espacio cortinado, no había pensado que esto sucedería. Había tenido la intención de reprenderla por provocar a Sir Fraser y engañar al pobre hombre. Pero en el momento en que ella entró en el espacio, todo lo que quería hacer era besarla. Saborearla una vez más.

La anatomía de la mujer no era como él esperaba que fuera, y tocar a Darcy de esta manera le permitió aprender lo que a ella le gustaba, lo que la hacía jadear y aferrarse a él como si fuera la única otra alma viviente en la tierra.

—Athelby —jadeó ella cuando su dedo encontró una entrada peculiar y pequeña. Viendo si su toque allí era algo que ella disfrutaba, deslizó un dedo un poco hacia adentro.

Darcy lo besó con fuerza, su lengua entrelazándose con la suya, y envalentonado, deslizó su dedo completamente dentro. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ella estaba cabalgando su mano, tal como imaginaba que una mujer cabalgaría el falo de un hombre.

Sus testículos dolían y estaban más apretados de lo que jamás los había conocido. Excepto las veces que se había despertado en la cama, jadeando y tan duro como el infierno después de soñar con la mujer que actualmente residía en sus brazos.

—Voy a llegar —susurró ella contra sus labios.

Sus labios se separaron, su cabeza inclinándose hacia atrás mientras continuaba cabalgándolo. Athelby mordisqueó y besó mientras ella alcanzaba el clímax, su labio inferior atrapado firmemente entre sus dientes para detener cualquier sonido delator. Con el tiempo recuperó la compostura, y ya él anhelaba tenerla en ese estado nuevamente.

Nunca antes había dormido con una mujer, probablemente un hecho que Darcy ahora conocía, y el placer que ella parecía experimentar le hacía anhelar saber si sería lo mismo para él. Había obtenido tanto disfrute observándola, que estar más involucrado, encontrar su propia liberación... ¿sería tan adictivo como imaginaba que sería?

Con solo pensarlo, deseaba que ella le desabrochara los pantalones, lo sentara en el banco junto a la ventana y lo cabalgara hasta que ambos encontraran el clímax.

Sus miradas se encontraron y, en lugar de apartarse, Darcy rodeó sus hombros con los brazos, besándolo suavemente antes de decir unas palabras que nunca habían sido más ciertas:

—Tenemos un problema, Athelby.

Y vaya que lo tenían. Uno grande.

CAPÍTULO
CINCO

Darcy cabalgaba a horcajadas sobre su yegua gris, Montclair, y galopaba tan rápido como el animal podía llevarla por Rotten Row. El parque estaba desierto, excepto por su mozo Peter, que estaba montado en su propio caballo bajo un grupo de árboles no muy lejos.

La sensación de volar siempre vigorizaba a Darcy, y acarició a su yegua mientras trotaban hasta detenerse, luego la hizo girar hacia su mozo. Ya llevaban un tiempo fuera, y pronto el parque tendría los jinetes madrugadores que no verían con buenos ojos la imagen de una mujer, a horcajadas y galopando por el paseo. Todos faux pas según la alta sociedad, y reglas que Darcy siempre disfrutaba ignorar.

Trotó de vuelta hacia Peter y sonrió.

—Creo que es hora de regresar.

—Tiene razón, mi señora.

Darcy cabalgó delante, y mientras caminaban con los caballos a través del parque hacia la puerta norte, un grupo de hombres entró montando hermosos caballos de pura raza que Darcy no pudo evitar admirar. Pero un hombre destacaba más que el resto.

Athelby.

Se detuvieron e inclinaron sus sombreros y Darcy, a su vez, sonrió pero no aminoró el paso.

—Buenos días, caballeros —dijo, disfrutando del hecho de que todos le lanzaran miradas de admiración. Hoy se había puesto su recién adquirida gorra de jinete de seda, que combinaba perfectamente con su traje de montar azul marino con botones dorados, y parecía casi regimental. Sin mencionar que el color siempre complementaba sus ojos azules.

Los hombres siguieron adelante, todos menos uno.

—Adelántate, Peter —dijo, deteniéndose ahora que Athelby lo había hecho—. Deseo intercambiar unas palabras con el duque.

—Sí, mi señora —respondió, haciendo lo que le ordenaba.

Athelby giró su caballo para ponerse junto al de ella. Darcy levantó una ceja pero no dijo una palabra. Después de haberse separado hace dos noches, no lo había visto en ningún evento. ¿La estaba evitando de nuevo? Lo más probable, y no iba a tolerarlo. No podía despertar tal delicia en ella y luego desaparecer. Su esposo nunca le había dado tanto placer en el corto tiempo que

estuvieron casados, y aparte de darse a sí misma alivio unas pocas veces, con Athelby era la primera vez que un hombre despertaba tales emociones.

No lo permitiría. El Duque de Athelby iba a ser su amante aunque fuera lo último que hiciera esta temporada.

—¿Se encuentra bien, mi señora? —preguntó él, con un tono distante, y sin embargo sus ojos eran la ventana de su alma, y ella podía ver que estaba luchando. Exactamente cuál era esa lucha, no podía estar segura. Desearla mientras luchaba contra la emoción, o su inelegibilidad debido a sus estándares, supondría. Siempre había sido tan estricto con las reglas, que ignorarlas después de encontrar placer en sus brazos iría en contra de todo lo que creía.

Él la deseaba, de eso no tenía duda. Pero, ¿actuaría en consecuencia, realmente actuaría, y la haría completamente suya? De eso no estaba segura.

—Estoy muy bien, gracias. ¿Y usted? —Si él iba a ser todo formal y absurdo, entonces ella también lo sería.

—Estoy bien. —Su mandíbula se tensó, y miró hacia otro lado, ajustando un poco su asiento. La acción hizo que su atención se dirigiera a sus muslos, y se mordió el labio inferior al ver que tenía piernas muy musculosas y que los pantalones color canela que llevaba puestos acentuaban mucho su buena forma.

Era grosero de su parte mirar al hombre de esa manera, pero realmente, ¿qué podía hacer una cuando lo encontraba absurdamente atractivo, y si fuera por ella, lo ayudaría a quitarse esos pantalones y no lo dejaría volver a ponérselos hasta que estuviera completamente satisfecha?

—Quiero besarla. —Sus palabras sonaron desgarradas, un profundo rumor que hizo tambalear su sentido común hacia terreno peligroso.

Ignorando todo sentido del decoro, y considerando que estaban un poco lejos de las puertas de Hyde Park, Darcy tentó al destino. Se inclinó hacia el duque y captó su mirada.

—Entonces béseme, Athelby.

Su atención se deslizó hacia sus labios y por un momento ella realmente creyó que haría lo que le pedía, antes de que lo pensara mejor y enderezara la espalda.

—No puedo besarla aquí.

Ella se encogió de hombros, sabiendo que era demasiado cierto, pero queriendo provocarlo un poco al respecto de todos modos.

—Qué lástima, porque me encantaría que lo hiciera. —Darcy hizo que su caballo diera la vuelta por detrás del suyo y aprovechó la oportunidad para deslizar un dedo por su trasero y bajar por una pierna mientras pasaba—. ¿Asistirá al baile de los Leeders esta noche?

—Sí —dijo él, apartando la mano de su muslo.

Ella sonrió.

—¿Tal vez podamos continuar profundizando nuestro conocimiento allí? —Sus palabras finalmente y triunfalmente provocaron una pequeña sonrisa en el duque, y Darcy se rió. Qué guapo y accesible era cuando no estaba frunciendo el ceño a todos, gruñendo como un león con

una espina en la pata.

—Bien, entonces —dijo ella, alejándose—. Lo veré allí, Su Gracia. —Se alejó al trote y no se volvió para mirar al duque, pero sabía que él la estaría observando, más que probablemente debatiendo todos los pros y contras de hacer lo que ambos querían.

El uno al otro.

A medianoche, Darcy había perdido casi toda esperanza de que el duque asistiera al baile anual de los Leeders. Estaba de pie junto a un grupo de plantas de interior y se terminó la última de las numerosas copas de champán que ya había bebido esa noche.

Maldito sea. Si pensaba evitarla de nuevo, huir como un niño pequeño, podía pensarlo mejor. No lo permitiría. Aunque esta noche había poco que pudiera hacer.

A estas alturas de la noche, los invitados estaban bien bebidos, y el baile seguía siendo el punto focal, aunque algunos de los caballeros habían vagado hacia la sala de juegos y comenzado a apostar.

Darcy suspiró y colocó su copa en la bandeja de un lacayo que pasaba, y debatió entre tomar otra o irse a casa. Incluso su amiga Fran se había ido hace algunas horas, y Darcy solo se había quedado debido a la posibilidad de que Athelby llegara.

Pagaría por este engaño.

Tomó otra copa y dio un sorbo. Le daría hasta el final de esta bebida para llegar y luego se iría a casa. Distraída por su molestia hacia el duque, no notó al caballero que se acercó a su lado hasta que un dedo cálido le tocó la nuca y se deslizó por toda la longitud de su columna, hasta llegar a sus nalgas.

Darcy sonrió mientras la esperanza florecía en su pecho. Tomó otro sorbo.

—Qué inapropiado de su parte, Duque.

Él se acercó a su oído, sus palabras susurradas encendieron fuego en su sangre.

—Quiero ser inapropiado contigo. Solo contigo.

El aliento en sus pulmones se detuvo y tragó saliva. No estaba acostumbrada a que el duque invirtiera los papeles y fuera él quien sedujera. Normalmente era ella quien provocaba y tentaba. Aun así, era refrescante y muy excitante que él lo hiciera en su lugar.

—Baila conmigo, Darcy.

Esta vez sí dejó su copa en la bandeja de un lacayo que pasaba, y dejó que el duque la llevara a la pista de baile para un vals. Fue a sus brazos de buen grado, necesitando estar cerca de él, oler su ropa recién lavada, su colonia de sándalo y algo más que era solo Athelby.

Una pequeña alarma sonó en su mente de que se estaba involucrando demasiado con él, viendo posibilidades donde no debería haberlas.

—Es usted un muy buen bailarín para ser un hombre que no suele salir a la pista.

Él los movió con gracia y facilidad por la sala. Considerando su altura y la de ella, encajaban perfectamente, y su baile era sin esfuerzo.

—Tuve una muy buena maestra, y por supuesto, fui el alumno más entusiasta.

—¿Por qué es tan fácil de creer? —Darcy se rió, y él frunció el ceño.

—No debería burlarse de las personas simplemente porque se interesan en todo lo que aprenden. Nunca he hecho las cosas a medias y no debería empezar ahora.

—Y sin embargo —dijo ella, queriendo molestarlo un poco más—, usted me ha provocado, solo ha completado la mitad de lo que quiero que haga conmigo, así que ¿quién es el mal estudiante ahora?

El deseo ardía en su mirada y ella se acercó aún más.

—Lo quiero en mi cama, Athelby. Y lo quiero pronto.

Él tropezó un poco, pero se enderezó lo suficientemente rápido como para que ningún otro bailarín a su alrededor lo notara.

—Lady de Merle, aunque yo...

—Ni se atreva, Su Gracia. Usted terminará lo que ambos empezamos. Lo que ambos queremos.

Por un momento él guardó silencio, y Darcy luchó por no perder la paciencia con él. No era nada caballeroso, si es que esto era un acto caballeroso en absoluto, echarse atrás y dejarla deseándolo intensamente, mientras él reprimía sus propios deseos y la rechazaba. Justo en este momento, maldijo a su hermano a los pozos del infierno por asustar a su hermano menor y convertirlo en un mojigato.

—Darcy, yo... —De nuevo, tropezó con sus palabras, y ella se compadeció de él. Tal vez no iba a echarse atrás. A huir como ella pensaba que haría.

—¿Qué, Athelby? ¿Qué dice usted?

La pequeña línea de ceño fruncido había vuelto entre sus cejas, y ella quería alzar la mano y alisarla con su dedo. Pero aquí y ahora no era el momento.

—Yo... yo... Maldita sea todo al infierno —juró—. Nunca he estado con una mujer de esa manera —susurró, mirando alrededor para asegurarse de que nadie estaba escuchando.

Darcy no reaccionó, porque ya lo sabía. Lo había sospechado cuando él no había sabido cómo tocarla. Los besos los había dominado muy bien y rápidamente, pero el tocarla en el musical loo solo había ocurrido porque ella le había dicho qué hacer, dónde tocar.

Saber que nadie había tenido al hombre en sus brazos antes era más excitante que cualquier cosa que hubiera conocido en su vida. Tenerlo confirmado lo era doblemente. Tal vez por eso los maridos encontraban tan excitante conseguir novias que no hubieran sido tocadas. Ciertamente podía estar más de acuerdo con la noción ahora que tenía a Athelby de la misma manera.

—Lo sé —dijo, jugando con el pequeño mechón de pelo en la base de su cuello—. Y si acaso, saberlo solo me hace desearlo aún más.

Su baile se había ralentizado y estaban escandalosamente cerca, pero por primera vez, parecía que al Duque de Athelby no le preocupaba la etiqueta apropiada y el comportamiento correcto.

—No la tendré en un baile —susurró, atrayéndola en un giro apretado mientras llegaban al final de la sala—. La quiero en mi cama. No en el hueco de una ventana.

—Encontré nuestro último encuentro en el hueco de la ventana muy gratificante, de hecho. Podría hacer lo mismo posible para usted. Hay formas, sabe, para que una mujer dé placer a un hombre de manera similar.

Él inhaló bruscamente y cerró los ojos por un momento.

—La idea de nosotros, de usted haciéndome tales cosas... por favor, no lo diga aquí. Nadie quiere ver al Duque de Athelby cojeando fuera de la pista de baile con su miembro empujando el frente de sus pantalones.

Darcy se rió, echando un rápido vistazo hacia abajo solo por diversión.

—Lléveme de vuelta a su casa. Déjeme mostrarle todo lo que puede haber entre un hombre y una mujer.

—No. No deseo apresurar esto con usted.

Aunque decepcionada, podía entender su cautela.

—Muy bien, lo tomaremos con calma. Pero prométame que después de este baile nos iremos, juntos y en su carruaje. Si no lo beso pronto, moriré.

Afortunadamente el baile llegó a su fin, y pudieron despedirse de sus anfitriones de la noche. Darcy llamó a su carruaje y habló con su doncella, notificándole que tenía otro transporte para regresar a casa.

Usando el escudo de su propio carruaje, caminó dos pasos y saltó al del duque. Apenas se había sentado en los cojines cuando los caballos se pusieron en marcha y partieron.

—Le dije al cochero que condujera alrededor hasta que se le indicara lo contrario.

Darcy se dedicó a desatar las persianas enrolladas y a bajarlas sobre las ventanas.

—¿Qué está haciendo? —preguntó él, sin moverse del asiento frente a ella, simplemente observándola con diversión.

—Dando privacidad a esta pequeña morada para que nadie pueda ver dentro.

—En ese caso... —Inclinándose hacia adelante, cerró los pestillos de las puertas y ahora estaban completamente solos y sin posibilidad de ser molestados.

Acomodándose de nuevo en su asiento, Darcy lo observó por un momento.

—¿Y ahora qué, de Merle? —preguntó él, sonriendo un poco.

Ella se mordió el labio, el deseo recorriendo todo su cuerpo. —Qué, en efecto, Athelby.

Más tarde esa noche, Athelby se preguntaría cómo diablos no había sabido que un carruaje podía ser un recipiente de puro placer sin adulterar. Durante años había viajado en semejante morada, había visto a parejas bajar de sus vehículos y a menudo había reflexionado sobre por qué las mujeres parecían estar en las nubes y los hombres tan complacidos.

Su hermano ciertamente había lucido así con bastante frecuencia.

Ahora conocía las razones detrás de todo eso. Porque Darcy de Merle le había mostrado lo que podían tener entre ellos si él lo elegía.

Darcy se movió del otro asiento y vino a sentarse junto a él. Por todos los demonios, olía lo suficientemente bien como para comérsela. Tan dulce como una rosa y igual de hermosa.

Incapaz de negarse a sí mismo, le acunó la mandíbula y la besó en la comisura de la boca. Pequeños besos a lo largo de su cuello hacia la base de su oreja. Su intento de seducirla pareció funcionar, si sus suaves suspiros eran alguna indicación.

—Voy a darle placer, Duque. Ahora recuéstese —dijo ella, empujándolo contra los cojines —. Y disfrute.

Maldita sea, contuvo un gemido ante su lasciva promesa. Tal como estaba, su miembro se erguía rígido en sus pantalones, listo y esperando que ella hiciera lo que fuera que tuviera planeado.

—Prométame que sin importar lo que haga, no intentará detenerme. Sepa que lo que estoy haciendo es porque quiero, que es aceptable y será placentero.

—Muy bien —dijo él, sin estar dispuesto a negarle nada.

Separó más las piernas mientras ella, lenta y delicadamente, le desabrochaba la bragueta. Trató de no estremecerse cuando su miembro saltó hacia adelante, ansioso por su toque. Ella deslizó su dedo a lo largo de la punta de su miembro, tomando la pequeña gota de humedad que se había formado allí y deslizándola entre sus labios, lamiéndola.

—Joder —jadeó él, nunca habiendo usado tal palabra o imaginado que semejante acción fuera posible, o que alguien quisiera hacer tal cosa, para el caso. Pero ver a Darcy hacerlo hizo que su corazón latiera un millón de veces más rápido, su cuerpo ya no era suyo. Porque ahora mismo, en este preciso momento, Darcy lo poseía. Todo él.

Y maldita sea, quería hacerle lo mismo a ella. Recostarla sobre los cojines, separar sus hermosas piernas largas y lamerla desde el tobillo hasta el centro. El pensamiento de cómo sabría allí, la cruda picardía de ello, dejó su miembro aún más rígido y luchó por no sujetar las mejillas de Darcy y guiarla sobre él.

Arrodillándose frente a él, su mirada capturó la suya y su perfecta lengua rosada salió y lo lamió desde la base hasta la punta. Luchó por no desmayarse ante la maravillosa sensación de tenerla lamiendo su miembro.

Se había perdido tanto, y el pensamiento lo enloquecía antes de que ella deslizara su lengua sobre su palpitante longitud de nuevo y perdiera todo pensamiento.

—Me estás provocando —dijo sin aliento.

Ella sonrió, lamiéndolo por tercera vez. —Las cosas buenas llegan a quienes saben esperar. —Pero no lo hizo esperar mucho más. Fascinado, observó cómo sus labios rodeaban la punta de su miembro y se deslizaban hacia abajo, tomando un buen tercio de su falo antes de empezar el camino contrario. Entonces sí le sujetó el rostro, aunque solo fuera para anclarse a la realidad. El chupar, lamer y provocar de Darcy era implacable, una tortura interminable que hacía que su estómago se contrajera y sus testículos dolieran. Su lengua era suave contra su piel, presionando contra sus venas pulsantes.

Cielos, estaba perdido...

Durante lo que probablemente fueron solo minutos, pero se sintieron como horas de placer,

ella lo chupó, usó su pequeña mano alrededor de la base de su miembro y lo acarició mientras su boca entrelazaba magia alrededor de su alma.

Nunca tuvo idea de que tal cosa fuera posible. Que una mujer tomaría así a un hombre, y aparentemente lo disfrutaría, si los gemidos excitados y suspiros entrecortados de Darcy eran alguna indicación.

El carruaje dobló una esquina y él la tomó del brazo y los equilibró a ambos empujando contra la ventana. Darcy se ajustó y lo tomó más profundo, agarrando sus testículos después de cada deslizamiento de su mano y boca. La acción, un poco diferente a la anterior pero más decidida, hizo que se le formaran estrellas ante los ojos.

Se encontró empujando dentro de su boca, algo muy poco caballeroso de hacer, pero no pudo evitarlo. La necesidad de alcanzar el pináculo que durante tanto tiempo se había negado era demasiado fuerte para ignorarla. Quería follar su boca, duro, hacer cosas básicas con ella y hacerla llegar contra su propio rostro.

Todos estos pensamientos bombardearon su mente y, gritando, alcanzó el clímax. Intentó apartarse, para salvar algo de dignidad para sí mismo, y para ella también, pero Darcy no lo permitió. Se mantuvo fija en su miembro, lamiéndolo, chupando y tragando todo lo que extrajo de su liberación.

Con la respiración entrecortada, la miró mientras, con un pequeño roce en la comisura de su boca, se sentó sobre sus talones y sonrió. —¿Cómo se siente, Su Gracia?

¿Cómo se sentía? Por Dios, se sentía letárgico, hambriento de más, intoxicado, ebrio de ella y de lo que le hacía. —No sabía que se podía... Que una mujer pudiera hacer tal acto a un hombre. Nunca presté atención a las conversaciones obscenas que a veces ocurren en mi club.

Ella vino a sentarse a su lado, besándolo suavemente, lentamente, de una manera que solo lo excitaba para querer más de ella. Podía saborearse a sí mismo en ella, y su miembro se estremeció. —Hay muchas cosas que podemos hacer, si está dispuesto.

Luchaba consigo mismo. La deseaba, sabía que se volvería loco si no la tenía pronto, pero entablar una liaison no era algo que considerara respetable. Darcy necesitaba ser su esposa, y quizás, si jugaba según sus reglas por un tiempo, ella llegaría a ver lo mismo. No podía simplemente acostarse con una mujer y luego dejarla a merced de los lobos, algo que su hermano hacía a menudo.

Dio unos golpecitos en el techo, indicando al cochero que llevara a Darcy a casa. —¿La veré en el baile de los Duncannon dentro de dos noches? Le daré mi respuesta entonces.

Darcy se arregló el vestido y se recostó contra los cojines, acomodándose el cabello y asegurándose de que estuviera similar a como lo había peinado antes de salir por la noche. —Muy bien, esperaré a escuchar lo que usted elija.

—Gracias —dijo él, frunciendo el ceño ante el hecho de que ella estuviera molesta por su vacilación en tener una aventura con ella. No es que no la deseara, la deseaba. Desesperadamente.

Pero al tenerla, al perderse en ella, ¿significaba eso que también perdía quién era él, lo que creía correcto? En ese momento, no podía ver ningún otro camino más que ese, y no estaba seguro de que algo, ni siquiera Darcy, valiera la pena perder sus valores.

CAPÍTULO
SEIS

Darcy estaba sentada sola bajo un gran roble en la fiesta de jardín de su amiga Fran, observando disimuladamente al duque de Athelby. Él no se había percatado de su presencia, ya que su silla estaba ubicada en un hermoso lugar sombreado, con algunas ramas del árbol colgando y ocultándola parcialmente de la vista.

Desvió su atención hacia su amiga Fran y, por primera vez, notó un pequeño bulto en la cintura normalmente delgada de su amiga. Entrecerró los ojos al observar la pequeña protuberancia. ¿Cuándo iba Fran a contarle sobre ese pequeño paquete? Sonrió ante la idea de que su mejor amiga no solo se hubiera casado por amor, sino que también estuviera formando una familia, algo que había deseado hacer desde que estaban en la Escuela de Señoritas de la señora Dew.

Hoy el duque llevaba pantalones color canela y botas hasta las rodillas tan pulidas que uno podría ver su reflejo en ellas. Su chaqueta verde botella le quedaba como una segunda piel, y ella se sonrojó al recordar cómo había logrado sumergirse bajo esas finas ropas y darle placer. Cómo sus grandes manos se habían enredado en su cabello, tirando de ella, manteniéndola contra su miembro mientras lo complacía. Hacer que el exigente y recto duque de Athelby se desmoronara y se deshiciera en sus brazos. Y cuán delicioso era verlo reaccionar así.

Cruzó las piernas, apretando un poco los muslos en anticipación. Si tuvieran la oportunidad hoy, se lo llevaría a escondidas, lo encerraría en alguna habitación de la mansión que se extendía detrás de ellos y haría lo que quisiera con él.

Tal vez incluso hacer el amor con él esta vez. Si él lo deseaba.

Un lacayo pasó ofreciéndole helados y ella tomó uno agradecida. Después de sus pensamientos poco apropiados para una fiesta de jardín, necesitaba refrescarse un poco.

El duque continuó paseando entre los invitados, hablando con aquellos que se atrevían a dirigirse al hombre de aspecto feroz, antes de detenerse y buscar claramente entre los presentes. ¿Estaría buscándola a ella, tal vez?

Cuando sus miradas se cruzaron, los hombros de él se relajaron un poco. Darcy no estaba segura de si era alivio al verla presente, pero sus pasos decididos hacia ella ciertamente implicaban que había capturado a su presa.

Llegó al extremo de su silla, alzándose sobre ella, y oh, cómo deseaba que pudiera subirse a la silla para tumbarse sobre ella, levantar su vestido y acomodarse entre sus muslos para poseerla.

Tragó saliva, moviéndose nuevamente en su asiento mientras el pensamiento de tenerlo la dejaba necesitada, una pequeña pícara codiciosa desesperada por su toque.

Él miró alrededor, no es que hubiera alguien cerca. Ella era la única recostada en las sillas colocadas bajo el árbol para dar sombra a los invitados que querían descansar un rato. Ella arqueó una ceja, pero no dijo una palabra, y él tampoco. Simplemente la miró fijamente, su mirada recorriendo su cuerpo y dejándola temblando por la necesidad cruda que brillaba en sus ojos.

Su mandíbula se tensó y frunció el ceño.

—¿Adónde podemos ir?

Oh, cielos... Sus palabras la hicieron jadear un poco y su corazón dio un vuelco.

—¿Desea estar a solas, Excelencia? —preguntó, fingiendo timidez y no diciendo simplemente "yo también" como tanto deseaba.

—No he pensado en otra cosa más que en lo que me hiciste la otra noche, y ya es hora de que te devuelva el favor. Es lo correcto como caballero que soy.

—Por supuesto. Y como hombre que cree que los modales son un pilar al que todos debemos aspirar, pensaría menos de usted si no hubiera ofrecido —dijo Darcy, poniéndose frente a frente con el duque— probarme con su boca como yo lo probé a usted. Lo disfruté, Excelencia. —Pasó su dedo por el labio inferior de él.

Su nariz se dilató mientras parecía luchar con sus emociones. Ver al duque loco por ella la dejó anhelándolo nuevamente. Era lo más embriagador que había visto jamás, y su corazón dio un pequeño salto de alegría.

—Algún lugar cercano. La casa está demasiado lejos.

Darcy se rio. La casa no estaba tan lejos, aunque tendrían que cruzar los jardines y abrirse paso entre la multitud de invitados que se congregaban allí, demasiado dispuestos a detener a un duque e intentar llamar su atención para sus hijas.

—Hay un pabellón de verano escondido en los jardines. Si sigue el sendero hasta que termine y gira a la izquierda, lo verá un poco más adelante. Tiene vistas al parque más allá y al pequeño lago que tiene esta propiedad.

—Perfecto. —El duque se alejó a grandes zancadas en la dirección que ella le había indicado.

Divertida, Darcy lo observó, luego fue a hablar con un grupo de mujeres cercano antes de dirigirse también hacia donde se encontrarían.

La aprensión y la expectación hicieron que su corazón latiera con fuerza y su estómago se contrajera de emoción. ¿Disfrutaría el duque tocando así a una mujer, besándola en los lugares más íntimos? Su esposo solo se lo había hecho una vez, y al despertar a la mañana siguiente, había procedido a decirle que había estado tan borracho que la había confundido con una de sus

amantes, y que lamentaba la acción. Que nunca volvería a hacer algo así.

Antes de que Terrance dijera eso, Darcy había pensado que quizás su matrimonio podría funcionar, que él la encontraba atractiva y deseaba estar solo con ella. Cuán equivocada había estado. Qué tonta inmadura e inexperta.

Levantó la barbilla y continuó decididamente hacia el pabellón de verano. El duque no era su difunto esposo. Era un hombre que la deseaba, que quería hacer todo lo que ella deseaba hacer con él. Era apasionado y estaba ansioso por complacerla, al menos en el aspecto sexual, lo cual era más de lo que su esposo había sido jamás.

Empujó una pequeña puerta en el sendero y, al atravesarla, se detuvo para admirar la casa de verano. Era una estructura rectangular de piedra, con dos grandes ventanas y escalones que conducían a una puerta doble de cristal. Como decoración, el techo tenía una pequeña balaustrada al estilo de un castillo que recorría sus bordes. Darcy siempre había adorado este edificio, y durante el tiempo en que su amiga Fran estaba siendo cortejada por el vizconde, a menudo pasaban las tardes aquí, nadando y disfrutando de la compañía mutua, mientras su amiga se enamoraba cada vez más.

Habían sido los mejores tiempos, y ahora, con suerte, crearía más recuerdos encantadores.

El duque estaba de pie en la entrada de su morada, sin corbata, chaqueta ni chaleco a la vista. Recostado contra la madera, parecía relajado y tan deliciosamente apuesto que el calor se acumuló entre sus piernas.

Cómo lo deseaba, todo él.

—¿Esperando a alguien, Excelencia?

Él rio con un ronco retumbo que resonó con determinación y necesidad. Escalofríos recorrieron su espalda y se apresuró hacia él, ansiosa por que la besara, la tocara, estuviera con ella de cualquier manera que estuviera dispuesto.

En el momento en que se tocaron, una chispa encendió una llama dentro de ella y lo besó profunda y largamente. El duque no se contuvo y, más que dispuesto, respondió a cada caricia de su lengua, a cada roce de sus manos errantes, con las suyas propias.

Su cabello cayó sobre sus hombros mientras los dedos de él se enredaban en él. Ella tiró de su camisa para sacarla de los pantalones y se la quitó por la cabeza, dejando su pecho musculoso y jadeante para su admiración.

Se echó un poco hacia atrás y admiró la vista, pasando su dedo por cada ondulación de músculo. Su piel estaba besada por el sol, haciéndola preguntarse qué hacía para tener tal tono de piel. La idea de él trabajando sin camisa le dejó la boca seca.

En lugar de preguntar, no queriendo retrasar lo que anhelaba que le hiciera, se inclinó hacia adelante y besó donde su corazón latía rápidamente. Sus manos recorrieron su espalda mientras besaba su camino por su cuello y encontró su boca más que dispuesta.

Esta vez el beso fue lento, languido, una seducción sin prisa que la hizo anhelar tenerlo.

—Te deseo, Athelby —su voz era entrecortada y llena de necesidad, pero no le importaba

que él lo oyera. Ya no podía fingir que su pequeña aventura era meramente eso, un capricho temporal. Porque no lo era, al menos no para ella. Ya no.

Él la levantó, cerrando la puerta de una patada, y la llevó a un diván en el centro de la habitación. Por un momento ella esperó que se quitara los pantalones, pero en su lugar, observándola, le subió el vestido por las piernas hasta amontonarlo en su cintura. El aire cálido perfumado con rosas besó su piel y se mordió el labio mientras él colocaba sus grandes manos en cada una de sus rodillas y las separaba lentamente.

Oh, Dios mío...

Sus dedos jugaron con las medias de seda aún atadas a sus muslos antes de que sus labios rozaran su camino hacia su anhelante monte de Venus. Para ser un hombre que nunca había hecho tal cosa antes, ciertamente parecía saber lo que hacía.

—Eres tan hermosa, Darcy —se detuvo, depositando un pequeño beso en su núcleo, haciéndola jadear—. Dime si no lo estoy haciendo bien, o si quieres más o menos de lo que hago.

Ella solo pudo asentir, y observar fascinada cómo él bajaba la cabeza de nuevo, y esta vez, deslizaba su lengua contra su sexo. Gimió, sosteniendo su cabeza suavemente y recostándose en los cojines para disfrutar de sus malvados y deliciosos labios.

Su toque fue inseguro al principio, tentativo, y sin embargo, con eso, solo la hizo más frenética. La necesidad que corría por su cuerpo creció, menguó y se ralentizó con cada uno de sus besos, cada desliz de su lengua, hasta que ya no pudo contener su necesidad por más tiempo.

—Cameron —jadeó—. Tócame con tus dedos además de tu boca. Por favor —gimió cuando él rozó el pequeño botón que le daba placer con experta autoridad.

—¿Así? —preguntó él, con las palabras ligeramente amortiguadas.

Ella suspiró cuando él deslizó un dedo en su calor, su lengua llevándola hacia la locura. Era demasiado y no suficiente. Sin poder evitarlo, lo apretó entre sus muslos y cabalgó su boca mientras la llevaba al clímax.

Gritó su nombre mientras ola tras ola recorría su cuerpo. El placer la dejó letárgica y saciada, y se quedó allí tendida por un momento mientras él se acostaba a su lado, atrayéndola al hueco de su brazo.

—Temo que nunca me cansaré de tenerte de esta manera, Darcy.

Ella lo miró, pasando su mano por su mandíbula con barba incipiente. —Temo que nunca me cansaré de que me tengas de esta manera tampoco.

Él se colocó sobre ella y la besó larga y lentamente, su corazón dando un tonto saltito, uno que solo podía significar una cosa. Que no solo Darcy de Merle se preocupaba por el hombre en sus brazos, sino que posiblemente había llegado a amar al complicado y obstinado Duque de Athelby.

CAPÍTULO
SIETE

Solo había una explicación para la emoción que corría por las venas de Athelby en ese preciso momento. Celos.

La mujer que había hecho a un lado su moral y lo había conquistado estaba danzando por el salón, más que feliz a juzgar por su sonrisa y sus ojos brillantes de ser llevada nuevamente por el maldito Sir Fraser. Athelby nunca pensó que tendría tal reacción al ver a Darcy bailando con otro, pero ahora, después de todo lo que habían compartido estas últimas semanas, ella no estaba destinada a nadie más. Ella era suya, y él era de ella.

Apretó la mandíbula. Una propuesta era todo lo que se requería de él. No era una tarea fácil considerando que, por mucho que la deseara, no pensara en nada más que en la pícara y disfrutara de su compañía, ella no era la mujer más adecuada para ser su duquesa.

Darcy de Merle era casi tan obstinada como él mismo. Era una viuda y no una mujer que permitiera que nadie se aprovechara de ella, ciertamente no un marido. Cuando se casó con el Conde de Terrance pudo haber habido un tiempo en que era ingenua, vulnerable y ansiosa por complacer, pero ya no. Ahora Darcy era dura, llevando su armadura como una coraza que la protegía del daño, y maldito fuera cualquiera que intentara decirle qué hacer o cómo pensar.

Athelby la admiraba por ello, pero cuando se convirtiera en su esposa, tendría que ceder ante las reglas de su hogar y de la sociedad en general. Había expectativas y estándares que ella tendría que cumplir, lo cual esperaba que no tardara en concretarse.

Solo necesitaba que ella dijera que sí.

El baile fue excesivamente largo, y para cuando Darcy fue depositada de vuelta con su amiga Lady Oliver, la disposición de Athelby había pasado de fría a glacial.

Darcy tomó una copa de champán y comenzó una animada discusión sobre algo u otro. Estaba absolutamente hermosa cuando se entusiasmaba de esa manera, y él solo podía esperar poder hacerla igual de feliz una vez casados.

Otro caballero que no conocía se inclinó ante ella y pronto estaba bailando una contradanza. ¿Estaba ignorando su presencia? Ciertamente no había podido captar su mirada en la última hora. ¿Qué se proponía al no mirarlo, o siquiera notar su presencia, así como él había notado la de ella al llegar?

Su irritación se disparó y abandonó el salón de baile, dirigiéndose hacia la sala de juegos. Al menos allí no tendría que verla coquetear, ver su felicidad en brazos de otro hombre.

El pensamiento lo detuvo en seco. ¿Por qué le importaba tanto lo que hiciera con otros caballeros? No estaban comprometidos, no tenían ningún entendimiento. Como viuda, Darcy era libre de hacer lo que quisiera siempre que lo hiciera con discreción.

Se dejó caer en una silla, sin importarle frente a quién estaba sentado, y se unió a un juego de azar. Que incluso estuviera en esta habitación, un antro de juego donde los caballeros desperdiciaban su vida sin preocupación, era bastante revelador. No era él mismo, no había estado pensando con claridad durante algunas semanas, y todo era debido a la pequeña pícara de cabello oscuro que bailaba en el salón de baile.

Nunca apostaba ni bebía, y sin embargo esta noche se había encontrado haciendo ambas cosas. Ignorando voluntariamente sus principios morales, todo porque Darcy no le prestaba atención. Era, en una palabra, patético.

Jugó varias rondas antes de abandonar el juego, perdiendo una suma considerable debido a su distracción. Se sirvió un vaso de whisky, dejó la habitación y deambuló por los pasillos desiertos más allá antes de encontrar una sala de billar.

El espacio frío, oscuro y vacío se ajustaba bien a su disposición.

La puerta se cerró detrás de él y escuchó el chasquido del cerrojo. Girándose, miró con furia a Darcy mientras ella caminaba hacia él. Ver la ligera sonrisa en sus labios a la luz de la luna encendió su ira.

—¿Qué está haciendo aquí, mi lady? —preguntó, con tono frío.

—He estado esperando a que terminaras tu tonto juego de cartas. Pensé que volverías al baile, pero cuando no lo hiciste, te seguí hasta aquí. ¿Por qué me estás evitando, Su Gracia?

Que ella usara su título era revelador. Así que tal vez había percibido su desagrado, o estaba jugando contra él cuando él también había usado su título en lugar de su nombre de pila.

—Simplemente estoy terminando mi bebida antes de llamar a mi carruaje. El baile me ha aburrido y ya no deseo estar aquí.

Un destello de dolor cruzó su mirada y él se estremeció al pensar que posiblemente la había herido un poco con sus palabras. ¿Deseaba lastimarla? Tal vez, y odiaba el hecho de que fuera únicamente debido a los celos. Tener que compartir a Darcy con otros, cuando la quería solo para él, no era algo que manejara bien, al parecer.

—¿Así que no ibas a venir a bailar conmigo? ¿Ibas a escabullirte en su lugar?

—Yo no me escabullo, señora. —Empujó una de las bolas rojas a través de la mesa, fallando completamente las otras bolas colocadas en el extremo opuesto.

Darcy se acercó a él, deslizando su mano a lo largo del borde de la mesa de billar. —No nos hemos visto desde la casa de verano. ¿Estás enojado conmigo?

Sí, maldita sea, estaba enojado. Enojado porque la deseaba tanto. Enojado porque ella parecía inmune a él. Enojado porque otros reclamaban su tiempo. Frunció el ceño. —Han sido un par de

días ocupados.

—Por supuesto —dijo ella, acercándose aún más—. Estoy segura de que ser el Duque de Athelby es muy exigente.

¿Se estaba burlando de él ahora? —Permítame escoltarla de vuelta al baile, Lady de Merle. Estoy seguro de que hay muchos otros caballeros que están ansiosos por bailar con usted y se preguntan dónde está.

—Creo que no. —Darcy se paró frente a él, y esta vez su dedo se deslizó por el frente de su abrigo, subiendo por las solapas, luego se deslizó alrededor de su cuello, jugando con el cabello en la nuca—. No me interesa bailar con nadie más que contigo, Duque.

—No parecía ser el caso antes, mi lady.

Ella hizo un puchero y luego se rió, un sonido seductor que fue directo a sus partes bajas. —Estás disgustado conmigo, y es porque estás celoso. Vaya, vaya, vaya, nunca pensé que llegaría el día en que el Duque de Athelby fuera tan revelador. Y frente a una mujer, además.

—No estoy celoso. —Mentiroso. Maldita sea, estaba tan celoso que apenas podía ver con claridad. La idea de que ella volviera al baile, bailando con otros, hizo que la tomara por las caderas y la sujetara firmemente frente a él—. No estoy celoso —repitió, con la esperanza de que fuera cierto.

—No disfruto verte bailar con otros tampoco, Cameron —se inclinó y lo besó, e incapaz de negarle nada, él correspondió y se entregó a la de Merle.

Darcy trató de calmar su corazón mientras Athelby tomaba el control del beso y lo transformaba de un casto roce a algo mucho más intenso. Un beso ardiente, lleno de necesidad y posesión, él de ella y ella de él. A través del abrazo, se dio cuenta de que no había vuelta atrás de los sentimientos que ambos despertaban el uno en el otro. Y tampoco lo deseaba.

Durante semanas se habían provocado, besado y bailado en este juego de seducción, pero ya no más. Esta noche, justo en este momento, Darcy deseaba a Athelby con todo su cuerpo y alma, y maldita sea, lo tendría.

Él la hizo retroceder hasta que su trasero chocó con el borde de la mesa de billar. Sin dudarlo, la levantó y la depositó sobre la superficie verde y aterciopelada. El beso continuó, exigente y ardiente, y ella forcejeó con los botones de su pantalón, deseando sentirlo, tocarlo y acariciarlo, sin que ninguna prenda de ropa obstaculizara su deseo.

Él jadeó a través del beso cuando finalmente liberó su miembro, y con una caricia larga y lenta dejó que el calor se acumulara entre sus muslos.

—Te deseo, Darcy. No puedo respirar de tanto que te deseo —forcejeó con su vestido, cualquier cuidado olvidado mientras intentaban desesperadamente deshacerse de sus ropas para poner fin a este juego tortuoso que jugaban.

—Yo también —envolvió sus piernas alrededor de sus caderas y lo atrajo hacia ella. Su miembro duro sobresalía, y usando su mano, lo guió dentro de ella, una deliciosa empalada que la dejó llena, embriagada de necesidad y plenitud.

Por un momento Athelby no se movió. Su aliento caliente rozaba su cuello, haciéndola estremecer.

—Ah, Dios, Darcy. Se siente como el cielo.

Él también era el cielo, un caballero tortuoso y emocionante del que no podía tener suficiente. No se movía, solo permanecía quieto, y Darcy no pudo soportar un momento más de inacción. —Muévete dentro de mí, Cameron. Por favor.

El duque tragó saliva y, mirándola a los ojos, hizo lo que ella le pidió, sus embestidas lentas al principio, antes de volverse largas y profundas, significativas y controladas. Para un hombre que nunca había estado con una mujer antes, ciertamente estaba superando todas sus expectativas.

No solo eso, sino que no parecía estar desacelerando, ni mostraba signos de no poder durar, como solía hacer su marido cuando compartían la cama. No, Athelby le agarró el trasero, la atrajo más firmemente hacia él y la tomó, empujándola hacia un clímax que solo había alcanzado por sí misma, o con este hombre en las últimas semanas.

Se aferró a sus hombros, y el mural en el techo llamó su atención. Era de una mujer y un hombre, acostados en una cama de nubes y entrelazados como ella y el duque lo estaban ahora. Qué apropiado que estuvieran en una habitación con tal obra de arte y creando su propia obra maestra. Él disminuyó la velocidad, colocando pequeños y delicados besos por su cuello antes de tomar su boca. —Muéstrame qué más podemos hacer. Estoy seguro de que esta no es la única manera.

Ella se rió y se separó de él antes de deslizarse fuera de la mesa. —Acuéstate en el sofá, y te mostraré otra manera.

Él le lanzó una sonrisa pícara, y se dirigió sin pantalones y sin una pizca de preocupación hacia el sofá. Ella atrapó vislumbres de su firme trasero mientras su camisa se movía al caminar. Una oleada de posesividad la atravesó al pensar que el hombre frente a ella era suyo, de nadie más para ver de esta manera, de nadie más para besar y amar.

Cameron era suyo.

En el sofá, su miembro erecto se alzaba, listo y dispuesto para más amor. Darcy se acercó a su lado, admirando toda su gloria y deseando prolongar su noche tanto como pudiera.

—Envuelve tu mano alrededor de ti mismo y acarícíate. Quiero verte hacerlo.

Sus ojos se agrandaron, pero no negó su petición, simplemente hizo lo que ella le pidió y se tocó.

—Dime, ¿alguna vez has hecho esto antes?

—No —aspiró profundamente, su otra mano extendiéndose para envolver una de sus piernas, atrayéndola suavemente hacia él—. Pero desde que te tuve, desde el momento en que nos besamos por primera vez, he despertado duro y anhelando estar contigo cada día. He querido tomarme en mi mano y bombear hasta llegar al clímax, aunque solo fuera para imaginar que era dentro de ti donde me perdía.

—Ya no tienes que imaginarlo —se inclinó y besó la punta de su pene. Él murmuró algo ininteligible y solo para provocarlo más, lo tomó en su boca, deslizando su lengua por su rígida longitud y saboreándolos a ambos en sus labios.

—Me estás matando —dijo él, su mano viniendo a sujetar su cabello, haciéndolo desenredarse aún más.

A Darcy no le importaba. Hacía tiempo que había dejado de importarle si alguien veía o sabía lo que estaban haciendo. Mientras tuviera a Athelby, la alta sociedad podía irse al cuerno, y después de esta noche no tenía duda en su mente de que él aceptaría hacerla su amante. Para que tuvieran una relación sin restricciones ni reglas sobre el otro.

La idea de que el Duque de Athelby fuera su amante le provocó un escalofrío de deleite por la espalda y, incapaz de negarse a sí misma un momento más, recogió su vestido alrededor de su cintura y se sentó a horcajadas sobre él.

Su mirada se volvió ardiente cuando ella se levantó un poco y luego lo tomó dentro de ella. Con cada pulgada deliciosa, el impulso de gemir, de gritar con la maravilla de todo, era difícil de negar, y se mordió el labio para contenerse.

—Joder, Darcy. No tenía idea de lo que me negaba a mí mismo.

Ella lo cabalgó, apoyándose en su pecho mientras se convertía en la que controlaba la velocidad, la profundidad y el ángulo de su acto amoroso. Era completamente satisfactorio y cada vez más difícil evitar cabalgarlo como una desenfrenada. —Si hubiera sabido que el Duque de Athelby era un hombre de muchos talentos ocultos, te habría seducido hace años.

El dolor era real, tortuoso, y tan jodidamente bueno que quería gritar. Tener a Darcy encima de él, cabalgándolo, llevándolo hacia el clímax mientras estaba completamente dentro de ella, su calor ardiente lamiendo su miembro y arrastrándolo consigo, era lo mejor que había experimentado en su vida. Todos los años que se había negado a una mujer. ¿En qué había estado pensando? ¿Qué clase de hombre vive una media vida debido a tal elección?

Había estado amargado durante tanto tiempo, enojado y solo, pero ahora, con Darcy, ella le había mostrado que había más en la vida que el deber, las reglas y las regulaciones. Aunque no permitiría que las cosas siguieran como estaban por mucho más tiempo.

Oh no. Darcy de Merle sería su esposa antes de que terminara la temporada. Estaría a salvo en su vida y en su cama, y nadie volvería a tocarla, maltratarla o bailar con ella. Ella era suya, y él era de ella.

De todo corazón.

Te amo.

Nunca había visto a nadie tan hermosa, tan libre, entregándose a él con tal abandono. Deseando ver más de ella, le bajó el corpiño y liberó sus senos. Se balanceaban con la fuerza de su acto amoroso, y él agarró uno, rodeando el pezón con su dedo hasta que se endureció.

—Sí. Tócame —suplicó ella, poniendo su mano sobre la de él, apretando su seno.

Se inclinó un poco hacia atrás y el movimiento lo empujó hacia el clímax. Oh, Dios mío, no

podría contenerse por mucho más tiempo.

—¡Cameron. Sí! —jadeó ella, con un ligero rubor en sus mejillas. El placer de ella provocó el suyo, y le atravesó como una bala. Gimió su nombre, incorporándose para besarla con fuerza mientras derramaba su semilla dentro de su núcleo caliente y húmedo.

Su respiración era entrecortada, y observó cómo lentamente recuperaban la compostura, aunque no estaba dispuesto a moverse. Si pudiera elegir, nunca se movería de nuevo, tan perfecta era su posición actual.

—Me temo, Lady de Merle, que soy incapaz de vivir si no estás en mi vida.

Darcy le agarró las mejillas, besándolo lentamente y con tal perfección que su miembro se estremeció, deseando más de lo mismo. Más de ella, un delicioso bocado del que nunca se cansaría.

—Me temo que siento exactamente lo mismo, Duque.

El alivio corrió por sus venas al oír sus palabras. Mañana, a primera hora, obtendría una licencia especial de matrimonio y haría de Darcy su esposa. No había un momento que perder.

CAPÍTULO
OCHO

A la mañana siguiente, Darcy estaba sentada en su habitación y pidió a su mayordomo que hiciera esperar al Duque de Athelby en la biblioteca mientras ella terminaba su rutina matutina. Había llegado temprano, fuera de lo habitual, y ella no esperaba verlo de nuevo hasta esa noche en la cena de Lord Boulder.

Frunció el ceño mientras bajaba las escaleras. ¿Qué pretendía estando aquí a esta hora? ¿Se arrepentía de lo ocurrido anoche? Tal vez ahora que la había tenido y habían pasado algunas horas desde que ella le había quitado la virginidad, estaba reconsiderando su futuro con ella.

Se detuvo frente a la puerta de la biblioteca, tragándose las náuseas que amenazaban con subir. No deseaba que se separaran, y esperaba que él estuviera abierto a ser su amante. Hacían muy buena pareja y, después de la noche anterior, eran más que compatibles el uno con el otro.

El mayordomo abrió la puerta y ella entró con paso firme, deteniéndose en seco cuando lo vio junto a la chimenea apagada. Hoy era el Duque de Athelby, regio, autoritario, serio, con su ropa impecable. Su cabello estaba peinado hacia atrás y en orden. Ni siquiera su corbatín se atrevería a estar fuera de lugar hoy, al parecer.

Su apariencia era formal, y la hizo dudar.

—Buenos días, Su Gracia. Espero no haberlo hecho esperar mucho.

Él negó con la cabeza, un destello de inquietud pasó por sus ojos antes de parpadear y desaparecer. —En absoluto. Y me disculpo por venir tan temprano, pero lo que tengo que decir no podía esperar hasta la hora apropiada de visita.

—Por supuesto —dijo ella, sentándose frente a él en el sofá.

Él empezó a caminar antes de detenerse y juntar las manos detrás de la espalda. —Supongo que sabes por qué he venido hoy.

Ella le sonrió, deseando desatar su corbatín y despeinar su cabello. Se veía tan severo y serio, nada parecido al hombre que se había deshecho en sus brazos la noche anterior. No queriendo dejarlo estar frente a ella de esa manera, Darcy se acercó y lo rodeó con sus brazos por la cintura. —Creo saber por qué estás aquí, y era algo de lo que iba a hablarte esta noche. Cuando tuviéramos un momento a solas.

—¿Lo ibas a hacer? —preguntó él, claramente sorprendido pero sin apartarse de su abrazo

improvisado.

—Sí, deseas discutir las formalidades de convertirnos en amantes, ¿no es así? Y no me refiero solo a cuando estemos juntos en bailes y fiestas, aunque esos momentos son perversamente divertidos, sino también aquí y en tu residencia. Seremos discretos, lo prometo.

El duque retrocedió tambaleándose y se aferró a la repisa de la chimenea en busca de apoyo. —Claramente estás bromeando.

—¿Bromear? ¿Por qué bromearía sobre algo así? Es decir, no conozco las reglas de tener un amante, de ser la amante de alguien, pero creo que requiere que no mostremos muestras abiertas de afecto, mientras estamos juntos a menudo cuando estamos a solas. Participar en fiestas en casa y viajes con nuestros amigos mutuos para poder estar a solas.

El duque colocó los brazos detrás de su espalda, levantando la barbilla con determinación. —No vine aquí para pedirte que seas mi amante.

La desesperación hizo que sus rodillas se debilitaran, y se hundió de nuevo en el sofá. —Entonces, ¿por qué viniste?

—Vine, Lady de Merle, para pedir tu mano en matrimonio.

Por un momento, las palabras le fallaron a Darcy y, dándose cuenta de que estaba boquiabierta, cerró la boca de golpe. —¡Para ser tu esposa!

—Sí. —La palabra fría y determinada la dejó tambaleándose.

—No. —Su respuesta no fue en absoluto filtrada, y se estremeció cuando el dolor brilló en sus ojos.

—¿Puedo preguntar por qué, señora, el que yo pida tu mano en matrimonio te resulta tan aborrecible?

Ella juntó las manos en su regazo y tomó un respiro para calmarse. —No es aborrecible, pero el matrimonio no es una institución de la que desee formar parte de nuevo. Mi primer matrimonio fue un desastre y solo se desvió cuando su señoría decidió tener un ataque al corazón debajo de su puta. No quiero estar obligada con nadie, pero sí deseo tener un hombre en mi vida. Hacer el amor con él cuando yo quiera sin tener que prometer obedecerlo y honrarlo ante Dios, cuando es muy probable, como bien sé, que solo sea la mujer quien tenga que cumplir las reglas.

—No soy Lord Terrance, Darcy. Nunca te deshonraría de tal manera como para tener una amante.

—He escuchado tales declaraciones antes, ¿sabes?, y no hizo ni un ápice de diferencia cuando Terrance vio a alguien que deseaba.

Athelby comenzó a caminar de un lado a otro, y ella se preparó para ser fuerte.

—Cameron, podemos tener una vida juntos, ser amantes y disfrutar sin que el matrimonio se interponga. Tú mismo dijiste hace solo unas semanas que yo no era adecuada para ser duquesa, y tienes razón. Tampoco deseo serlo.

El músculo de su sien saltó.

—Por favor, no te enojes conmigo. —El miedo la invadió ante la posibilidad de perderlo—.

Te deseo, solo que no el matrimonio.

—No puedo tener una amante, Darcy. Ya es bastante malo que haya dormido contigo sin hacer votos ante Dios. Durante las últimas semanas he caído bajo tu hechizo, y no puedo liberarme de él. Sabes que soy un hombre de reglas y de hacer lo correcto. No me pidas que seas mi amante. No podría deshonrarte así. Te quiero como mi duquesa. Quiero una esposa. Hijos.

Las lágrimas le picaron los ojos al saber que lo lastimaría. —No puedo ser tu esposa. No volveré a ser la esposa de ningún hombre jamás. —Se levantó y se acercó a una licorera de whisky y se sirvió un trago—. Mi matrimonio fue horrible, verdaderamente terrible, y Terrance me ha curado de ese mal deseo.

Cameron se abalanzó sobre ella, quitándole el vaso de la mano y haciéndola mirarlo. —No soy el conde, maldita sea.

Ella le quitó el vaso de la mano y lo bebió de un trago. Necesitaría todo el alcohol que pudiera conseguir para sobrellevar el rechazar a su duque. —Lo que acabas de hacer es la razón por la que nunca dejaré que otro hombre piense que me posee. No tienes derecho a elegir lo que yo quiero. No tienes voz en lo que haré. Si deseo beber whisky a las nueve y veinte de la mañana, maldita sea, lo haré. Y si quiero decir que no a tu propuesta, también lo haré. —Odiaba lastimarlo, pero el miedo al matrimonio, a ser poseída, era demasiado grande, y no pudo evitarlo —. Deseo ser tu amante, pero eso es todo. No me pidas más que eso.

Athelby la miró con el ceño fruncido, sin rastro ya de su pretensión de no estar enfadado con ella. De hecho, ella podría deducir fácilmente que estaba furioso.

—Podrías estar llevando a mi hijo. ¿Vas a convertir a un bebé inocente en un bastardo simplemente porque no deseas ser esposa?

La declaración la sobresaltó. No había pensado en tal posibilidad. —Si estoy encinta, lo cual sabremos pronto, me casaré contigo sin dudarlo. Nunca le haría eso a un niño, pero aún no lo sabemos, así que por ahora, mi respuesta es no.

—Mujer testaruda —dijo él mientras se dirigía a zancadas hacia la puerta y la abría bruscamente—. Hazme saber por correspondencia el resultado de esa posibilidad, y lo resolveremos entonces. Hasta ese momento, que tenga un buen día, milady.

—Cameron —dijo ella, siguiéndolo hasta el vestíbulo—. Por favor, intenta entender mis razones. Nunca fueron para herirte. No desearía hacer eso.

—Y sin embargo, lo has hecho —hizo una reverencia—. Que tenga un buen día, señora.

Ella se secó una lágrima rebelde mientras el duque le cerraba la puerta en la cara. Se acercó a la ventana y lo observó entrar en su carruaje, cuya puerta también fue cerrada de golpe a pesar de que el cochero intentaba cerrarla con dignidad.

Su carruaje se alejó, y la separación hizo que se llevara la mano al pecho. ¿Estaba mal que nunca volviera a casarse? ¿Estaba siendo egoísta y cruel con un hombre que no merecía ser manchado con la misma nube oscura que su esposo?

Sí, el duque era obstinado, una molestia cuando se trataba de reglas, pero también era

apasionado, cariñoso y quería que ella fuera su esposa. ¿Estaba equivocada al decir que no?

Volvió a la biblioteca y se sentó frente a la chimenea apagada. Esa conversación no había ido en absoluto como había planeado al verlo aquí esta mañana. Nunca había pensado que el duque la quisiera, especialmente como esposa. Tantas veces había dicho que era demasiado obstinada, demasiado salvaje, como su familia. Sin mencionar que no era virgen, pura y dulce como tantos caballeros querían para casarse. Había estado casada con un hombre al que no le importaba ni lo más mínimo, que la dominaba y la hacía obedecerle a cada paso mientras vivía su vida de manera completamente opuesta.

Se frotó las sienes mientras sentía que le venía un dolor de cabeza. No es que Athelby fuera así, pero siendo tan apegado a las reglas, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que se convirtiera en un reflejo de Terrance? ¿Que la hiciera seguir su línea y no cometer ningún error? La esposa de un duque tenía mucha más responsabilidad que la condesa de un conde, y a Darcy no le importaba. No importaba cuánto le importara Cameron, en lo que a ella concernía, el título podía irse al cuerno.

Permaneció un tiempo en la habitación antes de que entrara una doncella y ella pidiera té. El dolor la desgarraba por haber alejado al único hombre que había anhelado, amado incluso, si era sincera. Eran opuestos, no había duda, pero esa oposición les convenía perfectamente.

Pensó en la muerte del hermano de él y pudo entender su necesidad de casarse con ella. Su hermano se había preocupado poco por el sexo débil, se había acostado con muchas mujeres y había muerto en una imprudente carrera de carruajes por su amante actual, dejando a muchas mujeres con el corazón roto a su paso.

La determinación de Athelby de no ser como su hermano lo hacía honorable y hacía que ella lo amara más de lo que creía posible. Él había declarado que no era Terrance, y lo había demostrado muchas veces desde que estaban juntos. Él se preocupaba por ella, la amaba, y en lugar de pedirle que fuera su amante, la había querido como su esposa.

Se secó otra lágrima. ¿Qué había hecho? Su miedo a las reglas había asegurado que alejara al hombre que amaba. Tal vez para siempre. ¿Qué haría ahora?

En la semana desde que Darcy lo había rechazado, Athelby se había convertido en un completo y absoluto idiota, y hasta él lo sabía. Y sin embargo, le resultaba difícil cambiar su rumbo. Con demasiada facilidad, había vuelto a ser el duque estirado y correcto, como tantos lo llamaban, frunciendo el ceño a cualquier persona que se atreviera a parecer feliz, participara en un baile o cometiera el más mínimo desliz en la etiqueta.

Era un ogro, y lo odiaba.

Después de que ella lo rechazara, había pasado los siguientes días en una bruma de desesperación. Incluso había contemplado tenerla como su amante y que se condenara lo de tener esposa. La vida que ella pedía, donde ambos eran libres de hacer lo que quisieran mientras se juntaban por placer, era atractiva, y una noche casi había llamado a su puerta para suplicarle que hiciera precisamente eso. Olvidar su propuesta y tenerlo justo de la manera que ella deseaba.

Pero el dolor que su hermano había infligido a la familia, el escándalo que había sacudido a una línea ducal que había sido un pilar de gracia y dignidad, no podía repetirse de nuevo, y ciertamente no en su tiempo. No podía hacerlo.

El Marqués de Aaron se acercó a su lado, lanzándole una mirada divertida. —Corren rumores de que has ganado la apuesta en White's. Algunos incluso dicen que te vieron en un abrazo muy escandaloso con Lady de Merle en el baile de Leeder.

Athelby miró con el ceño fruncido a Hunter, aunque solo fuera para mantener la apariencia de que la noción de ser la fuente de chismes no lo alteraba hasta la médula. Oh, Dios mío, ¿alguien los había visto en la sala de billar? Se estremeció y apuró lo último de su whisky, uno de los vicios que había adoptado y que no deseaba abandonar ahora que había comenzado.

—Como dije antes, el libro de apuestas de White's puede irse al cuerno.

Hunter se rio, dándole una palmada en el hombro. —La fuente era confiable, y lo siento amigo mío, pero es un caballero casado con una de las lenguas más chismosas de Londres.

La esposa de Sir Walton.

Maldita sea. Athelby miró a través del mar de bailarines y se encontró con la mirada preocupada de Darcy. Así que ella también estaba al tanto de lo que se decía en la alta sociedad.

—¿Qué vas a hacer sobre la situación, amigo mío? No puedes dejar a de Merle a merced de los lobos. Después de su matrimonio anterior, no merece ser arruinada simplemente porque tú no pudiste mantener tus manos alejadas de ella.

El tono acerado de las palabras de Hunter encendió su ira. —Le pedí que se casara conmigo, si debes saberlo.

Hunter se atragantó con su vino, disculpándose con una matrona cercana que lo miró con desagrado. —Bueno, nunca pensé que vería ese día.

—Y no lo verás, porque ella dijo que no.

Su amigo tuvo la decencia de parecer consternado antes de reír. De hecho, el muy bastardo echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó de su infortunio. Athelby apretó los puños a los costados para evitar que uno de ellos conectara con la mandíbula del marqués.

—No puedo creerlo. La deliciosa Darcy de Merle rechazó al duque de Athelby. ¿Qué vas a hacer al respecto?

¿Qué podía hacer al respecto, salvo secuestrar a la dama y obligarla a casarse con él? Lo cual, por supuesto, era una idea absurda y que no le sentaba bien. El secuestro, sin importar si amabas a la persona o no, estaba fuera de cuestión.

Demasiado escandaloso para empezar.

—No hay nada que hacer. Le pedí, ella dijo que no. Duque o no, no puedo forzar su mano.

—¿Todavía quieres casarte con ella?

—Por supuesto que sí —dijo sin dudar ni un instante. Se casaría con ella mañana mismo si tan solo dijera que sí. Pero ella no lo quería de esa manera. Darcy quería un amante, un compañero de cama temporal para pasar el tiempo. No un marido molesto que frenara su

libertad. O eso pensaba ella.

—¿Compartirás por qué rechazó tu oferta?

Athelby encontró la mirada de su amigo. —Simplemente no desea volver a casarse, ¿y quién podría culparla después de su matrimonio con el conde de Terrance? Jamás hubo un pedazo de carne tan repugnante como él y sus muchas prostitutas.

Hunter silbó. —Deduzco que no te caía bien el tipo.

En realidad, siempre había odiado al hombre, y la razón principal era el simple hecho de que se había casado con Darcy. Su abuela tenía razón sobre ella. Era perfecta para él simplemente porque eran completamente opuestos.

Suspiró. —Le pedí que fuera mi esposa, y ella me pidió que fuera su amante. Y conoces el temperamento de Darcy, no habrá forma de hacerla cambiar de opinión.

—Demuéstrale que estás dispuesto a cambiar. Tal vez incluso ser su amante por un tiempo y ganarla de esa manera. Al menos estarán juntos.

Hunter tenía un buen punto y Athelby lo pensó por un momento. —No quiero una amante, y ciertamente sé que no debo hacer de una de Merle una. Tendría a su familia sobre mi cabeza exigiendo retribución al amanecer.

—Cierto —dijo Hunter, frunciendo los labios—. No les gustaría, pensándolo bien.

Tenía razón, y por mucho que deseara a Darcy, no estaba dispuesto a convertirla en su ramera. Ciertamente, ser una amante, en una relación como la que ella sugería que tuvieran, la convertiría en eso. Y él no quería tal resultado. Quería que fuera su esposa, su duquesa. Su todo.

—Hablaré con ella de nuevo. Con los rumores por la ciudad sobre nuestra indiscreción, puede que esté abierta a negociar y discutir la opción del matrimonio una vez más.

—Te deseo suerte, amigo mío.

—Gracias —dijo, y vio a Hunter desaparecer entre la multitud antes de dirigirse hacia Darcy. Al acercarse a ella, se alegró de que el pequeño grupo de mujeres que se había congregado a su alrededor se dispersara.

Ella hizo una reverencia. Él se inclinó. —Lady de Merle, ¿le gustaría bailar?

Darcy arqueó una ceja y lo observó por un momento. No podía discernir lo que estaba pensando o si siquiera diría que sí. De hecho, cuando ella siguió en silencio, no pudo evitar mirar alrededor para ver si otros estaban observando su intercambio.

Suspiró, notando que lo hacían. —Por favor, baile conmigo.

Ella se encogió de hombros y colocó su mano sobre la de él, y él la condujo a la pista de baile mientras sonaban las primeras notas del vals. La atrajo hacia sí. Su calor y aroma a rosas embriagaban su alma y luchó por no abrazarla con demasiada fuerza, suplicarle que fuera su novia para que nunca más volvieran a separarse. Decirle que nunca frenaría su exuberancia por la vida.

Ella no lo miraba a los ojos, simplemente miraba por encima de su hombro. —Supongo que desea discutir algo, Su Gracia.

—Así es. Estoy seguro de que has oído los rumores que circulan por Londres sobre nosotros.

—Los he oído.

No dijo nada más, y él quería sacudirla para que entrara en razón. ¿No sabía que tal escándalo podría arruinarla? Como hombre, como duque, no corría ningún riesgo. Oh, sí, algunas de las matronas del ton podrían mirarlo con desprecio por su indiscreción, pero no se atreverían a excluirlo de la sociedad. Darcy se enfrentaba a todo lo contrario, viuda o no.

—Y con el conocimiento de que si esta historia sobre nosotros sigue ganando impulso, tu reputación podría verse manchada, arruinada en este círculo, ¿pensarás más en mi oferta? Sé que no soy el hombre más fácil —ciertamente tengo mis opiniones sobre asuntos relacionados con la etiqueta y las reglas—, pero prometo que intentaré hacerte feliz, ser un mejor marido que el anterior. Darte todo lo que quieras y más. —Estaba suplicando ahora, pero no le importaba.

Darcy lo miró entonces, su palidez le hizo detenerse. —¿Te encuentras bien? —preguntó.

Ella negó con la cabeza. —Lo siento, Athelby, pero no puedo casarme contigo. No deseo estar atada por reglas, matrimonio y hombre. Quiero estar por mi cuenta, hacer lo que me plazca cuando me plazca.

—Aún puedes hacer eso conmigo —dijo, desesperado por hacerla suya—. Puedes hacer lo que quieras, solo sé mi esposa.

—Puede que te haya seducido, duque, mostrándote otro lado de la vida, pero quien eres está grabado en cada onza de tu ser. No quiero que nadie cambie quien es solo para complacerme. Si no estás dispuesto a ser mi amante, en una unión en la que prometamos fidelidad por el tiempo que sea, entonces después de esta noche no podemos volver a encontrarnos así.

—¿Así que me eliminarás de tu vida si no acepto hacerte mi amante? —El estómago de Athelby se contrajo—. Sé razonable, Darcy. El rumor sobre nosotros es cierto, lo sabes muy bien, sin mencionar que la mujer que lo está contando a diestro y siniestro es una de las mayores chismosas del ton. Serás arruinada.

—Y si lo soy, volveré a mi casa en Devon, me retiraré a una vida en el campo y viajaré. No necesito a la sociedad, y no haré lo que me digan simplemente para salvar mi reputación. No volveré a ser propiedad de ningún hombre. El último fue más que suficiente.

—No soy Terrance, seguramente debes ver eso. —La llevó a un lado de la sala, sin importarle quién notara su apresurada partida del baile—. Cásate conmigo, por favor.

—¿Por qué estás tan decidido? No te entiendo.

Él frunció el ceño. —Maldita sea —dijo, ignorando las exclamaciones a su alrededor—. Estoy decidido, Darcy de Merle, porque te amo, maldita sea... Creo que siempre te he amado... y te deseo. Quiero colmarte de todo lo que soy y poseo. Quiero darte libertad si tan solo me prometes volver a mí cada noche.

Darcy se quedó de pie frente al Duque de Athelby sin poder formar palabras, aunque cientos de ellas rebotaban en su mente, suplicando salir. ¿La amaba?

Las mariposas revolotearon en su vientre y se llevó las manos al abdomen. ¿Cameron

realmente acababa de pronunciar esas palabras, y frente a toda la alta sociedad?

Sí. Sí, lo había hecho.

Ciertamente era lo más escandaloso que había hecho jamás, al menos en público, y le calentaba el corazón saber que se había declarado para que todos lo oyeran. Para hacerle ver cuánto la quería como esposa sin importarle quién estuviera a su alrededor.

Qué manera tan rebelde de romper las reglas.

No es que ella estuviera dispuesta a dejarse persuadir tan fácilmente. El Duque de Athelby estaba en contra de las muestras públicas de afecto, en contra de permitir que las parejas bailaran más de una vez en los bailes y fiestas, y en contra de muchas otras cosas demasiado numerosas para mencionarlas. Se rio para sí misma. Athelby podría haberle dado una lección o dos a su profesora de comportamiento, la señorita Rivers, y Darcy nunca pensó que conocería a alguien tan estricto como esa vieja quisquillosa.

—Me amas. ¿Por qué?

Athelby se irguió, colocando las manos detrás de la espalda como si enfrentara una reprimenda de sus pares, y sin embargo permaneció tranquilo, sus hermosos rasgos afilados persuadiéndola para que cambiara de opinión.

—Creo que siempre te he amado, y sin embargo no fue hasta que dijiste "Sí, quiero" con Lord Terrance que me di cuenta de lo que había perdido por mi inacción. Puede que no siempre haya amado tus modales obstinados, tu amor por la vida, tu honestidad y lealtad hacia tus amigos, pero ahora lo hago, y mucho. Creo que tu risa es el sonido más dulce sobre la tierra y tus besos los más perversos. Adoro que cuando estoy contigo, me olvido de mí mismo, de mis reglas y normas, y simplemente vivo. —Se acercó a ella, acunando su mejilla—. Sé mía y déjame ser tuyo. Por favor, Darcy.

Oh, cielos... Darcy tragó saliva y esperó que su corazón no saltara de su pecho. La gente había dejado de bailar y no se oía ni un susurro mientras todos los presentes observaban al Duque de Athelby declararse de la manera más pública.

—Si... y no he accedido a nada todavía, Su Gracia, pero si lo hago, ¿me prometerá no decirme qué puedo y qué no puedo hacer? ¿Me prometerá que si deseo viajar, visitar amigos en el extranjero, se me permitirá? ¿Que no se me obligará a quedarme en casa, sola noche tras noche, mientras usted pasa el tiempo en casas de mala reputación? ¿Que me amará, me será fiel desde este día en adelante?

Él asintió, acercándose aún más. —Pondremos todas esas promesas en nuestros votos matrimoniales.

Darcy sonrió, la esperanza haciendo que sus ojos se llenaran de lágrimas. —Entonces sí, seré su esposa.

Athelby rio, sus hombros relajándose de alivio antes de atraerla contra él y besarla. Devorarla sería un término más apropiado. Sorprendentemente, su muestra pública de afecto hizo que los invitados vitorearan y gritaran felicitaciones mientras él aún la besaba, sosteniéndola firmemente

contra él y sin querer dejarla ir.

—Su Gracia, creo que se ha olvidado de sí mismo y de dónde se encuentra —susurró el Marqués de Aaron a ambos.

Darcy rio y se apartó del beso, pero no del abrazo de Athelby.

—¿Y qué si lo ha hecho? Vamos a casarnos, así que ¿qué importa?

Athelby iba a hablar, pero Darcy puso sus dedos sobre sus labios, no dispuesta a escuchar todas las tontas reglas de la alta sociedad que estaban rompiendo y quién estaría bastante molesto con ellos durante las próximas semanas y meses. Si alguien elegía sentirse insultado porque dos personas acordaran amarse y casarse, ese era su problema y no el suyo para preocuparse.

—¿Nos vamos, Su Gracia? —Darcy sonrió, los pensamientos de estar a solas en el carruaje, de tener a Athelby en su cama por el resto de la noche, haciéndola impaciente por partir.

Él colocó el brazo de ella en el hueco del suyo y se dirigieron hacia la salida del salón de baile. Se detuvieron junto a la madrina de Darcy y abuela de Athelby, Lady Ainsworth, quien se secaba las lágrimas con su pañuelo.

—Oh, mis queridos, estoy tan feliz. —Su señoría los besó a ambos y juntó las manos frente a ella—. Sabía que eran perfectos el uno para el otro y sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que lo vieran ustedes mismos.

Darcy miró a Athelby y sonrió. —Qué sabia eras, madrina. Si solo hubiéramos sido más rápidos en darnos cuenta nosotros mismos.

Otros los felicitaron en su camino hacia el vestíbulo de entrada. Darcy se envolvió en su capa mientras esperaban que el carruaje de Athelby llegara al frente.

—¿Va a continuar el Duque de Athelby rompiendo las reglas esta noche?

—¿Qué tenías en mente? —preguntó él, inclinándose para susurrar las palabras contra su oído, causando que un escalofrío recorriera su espina dorsal.

—Que vengas a casa conmigo y calientes mi cama.

La mirada del duque ardía de deseo y avivó su propia necesidad. Salió furioso del vestíbulo de entrada y gritó que su vehículo se diera prisa. Darcy sonrió y lo siguió. Oh sí, tal vez el Duque de Athelby estaba dispuesto a hacer algunas travesuras después de todo.

CAPÍTULO
NUEVE

Athelby cerró la puerta del carruaje de golpe y atrajo a Darcy a su regazo, tomando sus labios con un hambre que le resultaba tan extraña como bienvenida.

Ella le devolvió el beso con pasión, y su miembro se endureció, tensándose contra sus pantalones. Darcy se removió contra él, y no podía esperar para poseerla. Tenía que hacerla suya ahora.

Desesperado por sentirla, tiró de su vestido, apartándolo mientras ella se colocaba a horcajadas sobre sus piernas. Estaba húmeda, tan deliciosamente húmeda para él que gimió mientras pasaba su mano por su centro, provocando, acariciando, antes de deslizar dos dedos en su interior.

Ella gimió, sus propias manos ocupadas desatando los botones de su pantalón. Su falo saltó a su mano, duro y pesado, y ella lo provocó, envolviendo su miembro con sus hermosos y hábiles dedos, deslizándolos arriba y abajo.

—Joder, Darcy —jadeó él, atrayéndola sobre sí y empalándola en su ardiente centro. El carruaje se balanceaba mientras él embestía en ella. Su encuentro amoroso era frenético, el carruaje lleno de jadeos, gemidos y peticiones de más, más fuerte, más rápido, más profundo...

Mía. Mía. Las palabras resonaban en su mente. La mujer en sus brazos iba a ser su esposa, su duquesa. Cómo calentaba su alma ese conocimiento.

Ella cabalgó sobre él, tomó su placer, deshaciéndose en sus brazos, y él pronto la siguió en el éxtasis. Imaginar interminables noches y días por venir, años con ella a su lado, asistiendo a eventos, bailes, obligaciones familiares, sabiendo siempre que era suya, hizo que sus ojos se humedecieran. Parpadeó, sin creer que el Duque de Athelby sucumbiría a tales emociones.

Darcy lo observó, limpió una pequeña lágrima que rodaba por su mejilla y encontró su mirada.

—Te amo, Cameron, muchísimo. Estoy tan feliz por aquella noche en que finalmente me besaste. Dijiste antes que crees que siempre me has amado. Bueno, puede que haya dicho que no me gustaban tus costumbres, tus reglas, pero nunca me has desagradado. En el fondo, siempre he querido saber cómo serías si te quitara tus capas, te conociera de nuevo y luego te corrompiera como tanto anhelaba hacer.

Él se rio entre dientes.

—¿Corromper? Supongo que sí, me has arruinado totalmente como yo te he arruinado a ti. Te amo, Darcy, tanto que no puedo imaginar mi futuro sin ti a mi lado.

—Y no tendrás que hacerlo, porque voy a ser tu esposa, y te corromperé aún más y quizás incluso te malcriaré tanto que nunca podrás vivir sin mí de nuevo.

—¿Deberíamos incluir esas declaraciones en nuestros votos matrimoniales también? Mejor empezar como pretendemos continuar.

Darcy sonrió, besándolo con una dulzura que lo hizo estremecerse.

—Así lo haremos.

EPÍLOGO

Cuatro años después

Darcy caminaba hacia el duque, quien estaba desparramado en el césped de su finca en Londres, con sus dos hijos riendo y correteando a su alrededor cada vez que él intentaba atraparlos y hacerles cosquillas hasta que no podían más.

Su nacimiento no había sido fácil, y ella agradecía a Dios todos los días que, aunque no pudieran tener más, habían sido bendecidos con dos niños encantadores, felices y saludables.

Darcy se acercó a ellos y atrapó a Henry por detrás, levantándolo en el aire y haciéndolo chillar.

—Te atrapé —dijo, besándolo varias veces en el cuello y la mejilla antes de dejarlo en el suelo, donde reanudó su juego con su padre. Darcy se sentó y atrajo a Henrietta a su regazo, acurrucándola y dándole también su debida porción de besos.

—¿Se están divirtiendo con papá? Quería decirles que la cocinera ha preparado unos helados para ustedes en la cocina, si quieren tomar algunos.

Los niños chillaron y salieron corriendo como si el diablo mismo los persiguiera, con su niñera no muy lejos detrás.

—Espantaste a los niños —dijo Cameron, inclinándose y tirando de ella para que se acostara a su lado.

Darcy se recostó sobre su pecho, mirándolo.

—Lo hice, ¿verdad? —rió—. ¿Es terrible que no me sienta ni un poco culpable por eso?

—Eres una pícara, pero no lo querría de otra manera —La atrajo hacia él y la besó.

Darcy profundizó el beso, habiendo estado fuera toda la tarde haciendo visitas domiciliarias.

—Vámonos a Ruxdon pronto y salgamos de Londres. Estoy cansada de la temporada y de todas las obligaciones que conlleva. Si volvemos a casa, podremos hacer lo que nos plazca, y con el verano no muy lejos, tal vez incluso podríamos llevar a los niños a pasear en bote un día.

Cameron la hizo rodar sobre su espalda, inmovilizándola contra el suelo con una pierna escandalosamente entre las suyas. Ella jadeó, aferrándose a su cabello y besándolo de nuevo.

—Nos iremos pasado mañana, pero sabes que la abuela querrá venir, ¿verdad? Ya sabes que

nunca le gusta estar separada de los niños. Los adora tanto.

—No me importa, y con ella en Ruxdon nos dará algo de tiempo para estar a solas... —Esta vez Cameron se colocó completamente encima de ella y ella jadeó—. No puedes tumbarte sobre mí así aquí. Alguien podría vernos.

Él no se movió, excepto por una parte de su persona que se estaba moviendo y creciendo a un ritmo muy rápido.

—¿Qué esperas? El Duque de Athelby ha sido corrompido por una de Merle. Ya no hay salvación para mí ni forma de detener mis deseos. Tú dijiste que querías saber cómo sería estar casada con un duque depravado.

—Dije eso, ¿no es cierto? —Suspiró y se entregó a besarlo, provocándolo justo como a él le gustaba. Había muchas cosas que ahora sabía que el duque amaba, y a su vez, ella adoraba ser la mujer que le daba amor y placer. Que él la amara de vuelta y le diera la libertad que tanto había anhelado.

Él gimió, el beso pasando de dulce a ardiente cuando Darcy se movió debajo de él, colocándolo directamente en su centro y sin retroceder en lo más mínimo ante su necesidad.

—Arriba, Duquesa. Ahora —Cameron se puso de pie, tirando de ella para que lo siguiera.

Ella lo hizo, más que dispuesta. El matrimonio con un caballero depravado ciertamente hacía que las tardes fueran agradables. Y una vida agradable, en realidad.

QUERIDA LECTORA

¡Gracias por tomarse el tiempo para leer Atormentando a un Duque! ¡Espero que hayan disfrutado del primer libro de mi serie Lords de Londres!

Estoy muy agradecida por el apoyo de mis lectores. Si puedes, agradecería una revisión honesta de Atormentando a un Duque. Como dicen, alimenta a un autor, ¡deja un comentario!

Alternativamente, puede mantenerse en contacto conmigo visitando mi sitio web tamaragill.com o siguiéndome en línea.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se orginó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

